

96

ni ganas de nada, pero que no podía dejar de obedecerlo y ponerse a atender al pequeño, porque él era así de porfiado y la pegaba; luego, más acá en el expediente, había un test mental, y decía que tenía en el Wise un total de 111... "¡Tanto!"..., dijo el director, dejando de sorber su café. Sí, tenía eso, era un inteligente, y decía allá que tenía una gran capacidad "para planificar y anticipar reacciones", y el diagnóstico registraba "una neurosis de carácter, con rasgos psiconeuróticos y antisociales, de muy mal pronóstico"; y se señalaba también que la proximidad de la madre lo perturbaba... "¿Dónde está su madre?" Su madre vivía ahora en Margarita, casada, con cuatro hijos, y hacía años que no veía al muchacho hasta que llegó a visitarlo hacía un mes con su mamá, que es la abuela que había criado a Jesús; el muchacho estuvo muy cariñoso con su abuela, pero ni siquiera quiso saludar a su mamá... El director seguía sentado, casi echado, con las manos en la nuca y con los pies apoyados en un cajón semi-abierto del escritorio, y fumando su pipa; ¿no había algo que les indicara su posible querencia, alguna dirección?. Sí, había: una en Puente Chapellín, en la quebrada, con la familia Ramírez, y otra en Baruta: calle Páez, 14. "¿Los está anotando?"... "Sí, doctor"... Y tenía que llamar inmediatamente al Tribunal, a la Policía Judicial y a la Ayuda Juvenil; el joven no tenía papeles y tampoco tenía dinero, y podía buscar a su abuela, ¿había anotado también la dirección de su abuela en Barquisimeto?; la de su madre no, era tonto pensar que Villanueva pudiese ir a abuscar a esa mujer; ¿qué se sabía de su padre?; del padre de Villanueva no se sabía nada, porque se le había convocado y, no se sabe por qué, no había aparecido por allá. ¿Villanueva tenía amigos íntimos en la casa? No, no se le conocía a nadie en especial, porque se reunía y conversaba con todos, y con nadie en particular. ¿Y nadie había... dicho nada?... El Maestro Quílez le había dicho que se oía algo, pero que nadie había propiciado nada... ¡Y preguntar no se podía!... ¡No, criar soplo- nes, no!...

13

Aquiles está sentado sobre la cama, sin hacer nada, como esperando algo, o a alguien.

Y llega José Armas, pálido y tieso.

José Armas llega así hasta su cama, que está pegada a la de Aquiles, y se sienta, y no dice nada. Le mira Aquiles aquellos ojos quietos, pasmados, para preguntarle, y todavía José Armas no dice nada; entonces pasa a jurugnarlo suavemente:

-Hablastes con tu mamá?

José Armas no contesta; pero eso, en su situación, quiere decir que sí, que sí habló con ella. Pero Aquiles quiere oírsele decir, para romperle a su amigo aquel nudo, y le pregunta afirmando:

-¿Sí?

-Sí...

-¿Qué te dijo?...

José Armas se levanta, y camina un poco hacia la puerta, y se detiene, como esperando que Aquiles le diga que regrese y que le venga a decir las cosas. Pero Aquiles callado; espera que le salga la palabra a él, que la está haciendo con dolor. Y José Armas regresa, solo, se sienta otra vez y dice a su amigo:
-Nada, no me dijo nada. ¡A ella qué le importo yo!

-¿No le importa su hijo?!

-No. Si le importase algo no hubiese hecho conmigo lo que hizo...

-¿Qué te hizo?

Aquiles sabe lo que hizo su madre a José Armas, pero quiere hacerle hablar, para que se desahogue; y José se sienta de nuevo en su catre, mira a la ventana, y dice:

-El hombre que vivía con ella me tenía jodido todo el día; me pateaba, y un día me sacó la navaja y me siguió por toda la casa; así me escapé la primera vez de la casa de mi mamá. Y si me agarraban por ahí, o regresaba yo mismo, porque tenía hambre o porque no hallaba dónde dormir, ella me ponía en pelota y me daba una cueriza y me ataba a la pata de la mesa y me ponía de rodillas sobre granos de arroz; a veces me cargaba una olla de agua sobre la cabeza, y me la tenía que aguantar así, tiempo, una hora, hasta que no podía más...

-¿Desnudo?- pregunta Aquiles; no para saber más de eso, sino para no interrumpirle aquel hilo de voz, que viene desahogándose lentamente, como se vacía poco a poco, por un solo hueco, un pipote de agua.

-Desnudo- dice José Armas- y así, en cueros, me escapé una vez; me tuve que robar un pantalón del alambre de un vecino, y corrí por esa carretera hasta que conseguí montarme en un camión.

-Te fuiste, ¿adónde?...

Y Armas callado.

-¿A Caracas?...- y Aquiles ayudándole a vaciarse.

-Sí, y me conseguí una vieja; la vi saliendo de un abastos y le pedí un medio;

ella me preguntó cosas, y yo le tuve que contar; ella, entonces, me llevó a su casa, un segundo piso, donde vivía ella sola con dos gatos, para ayudarle en la casa y hacerle los mandados; me tuvo dos meses...

-¿Te botó luego?...

-No del todo, pero me di cuenta que se había cansado de mí; me ponía mala cara, comenzó a regañarme; ¡tenía que cobrármelo, ¿tu ves?!; y me fui...

-¿Adónde?

-A la calle.

-¿Qué años tenías entonces?

-Diez, once...

-Yo, al menos, tenía hermanas.

-Tú tuviste suerte, vale.

-Y, ¿qué hicistes luego?

-Tú sabes que cuando uno anda apurado, consigue...-José Armas se pone de pie, y luego pone su cabeza sobre el colchón del catre y se para de cabeza, y así, cabeza abajo, siguió hablando: -Me metí a vocear periódicos, y conseguí, por un muchacho, una casa cerca del Panteón, "Mi casa", que mantenía el Padre Alfonso, un cura muy bueno; allá estuve como dos años...

-¿Y qué pasó?

José Armas se está esforzando por mantenerse parado de cabeza, pero, al fin, se va a caer, y se cae, y tumbado en su cama pasa dos manos debajo de la cabeza y dice:

-Eso funcionó bien hasta que un día fui al Circo, ¿te acuerdas que te conté?, y la señora Eulalia reportó al cura que me había quedado con unos reales, y yo no quise regresar más...

-¿Te conseguiste otro trabajo?

-Luego me metí otra vez a vender periódicos, y esta vez con un señor que tenía doce muchachos, ¿tu ves?... Y con él, con el señor Raimundo, estuve como dos años.

-¿Tanto?...

-Sí, estuve casi dos años.

-¿Y luego?

Ya José Armas dice que le dio por regresar a la casa, y se fue, y otra vez tuvo que huir; ¡ya ya le molesta hablar de su madre!...:

-Luego me metí a trabajar en un taller, ayudando a un mecánico; yo limpiaba las piezas con gasolina, y aprendí a manejar una moto, y con la moto traía tubos de escape de un almacén en Quinta Crespo, engrasaba, hacía de todo. Hasta que un día me dijeron que me había quedado con unos reales...

-Y no fue verdad...

-No, y José Armas se levanta, se mete las manos en los bolsillos de su pantalón y comienza a caminar frente a la hilera de camas, como pasándoles revista, fanfarrón:

-No, no era verdad, ¿tú ves?... Eso debía ser cosa de José, el mecánico, que andaba siempre alcanzado; pero me lo cargaron a mí, y me tuve que ir; y ni me pagaron los tres días que me debían de la semana; ¿te das cuenta?...

-Sí...

-Y pasé por todo eso, y todavía no sé a dónde voy a parar, ¡carajo!... ¿Supieron algo de Villanueva?...- y José Armas quiere cambiar la conversación.

-No; ése ya anda suelto por ahí...-y ahora es Aquiles el que, sorpresivamente, regresa a José Armas al tormento: -¿Qué dijistes tú a tu mamá después de todo, ah?...

José deja de pasearse por el dormitorio, y se le planta a Aquiles delante, con las manos en los bolsillos del pantalón, y le dice con rabia:

-¡Y qué, ¿qué quieres que le diga yo a mi mamá?!... ¡Que se vaya al carajo!... Ya soy lo bastante grande ahora para que me amarre a la pata de una mesa!... Y si el viejo del carajo me pone una mano encima, ya tengo fuerza en el brazo para echarle su buena vaina.... Yo a ella no le he importado nunca nada...

-Yo, mi mamá- le dice Aquiles- era lo único bueno que tenía.

-¿Cómo era tu mamá?

Aquiles se esfuerza en ver a su madre, como la ha soñado muchas veces, y la consigue sonriente:

-Era buena, ¿sabes?; se parecía a Josefina bastante, ¡bastante!... Y tenía el pelo negro, y los ojos muy bonitos, y se reía mucho, ¿estás viendo?, ella se reía siempre, por cualquier cosa...

-¡Qué chiva!

-Sí, pero me la quitaron ahí mismo; ¡y se quedó mi hermana!...

-Tu hermana, ¿y qué le pasa a tu hermana?

-Que es una puta...

-¿La que vino el otro día?

-No, vale, esa es Josefina, que es muy buena, y a esa la quiero mucho; no, la puta es la otra...

-¿La que estuvo hablando con Villanueva?

Aquiles se encara con José Armas y le dice:

-¡Estuvo hablando con él!

-Sí, yo la vi conversando con él cuando ella iba saliendo, cerca del portón...

-!!!El coño de su madre!!!

14

-¡Josefina!... ¡Ventel!... Aquí hay un hombre.

-¿Quién?... ¿Usted?... ¿Qué hace usted aquí?... ¿Lo mandó Aquiles?... ¿Lo dejaron salir?... ¿Pasa algo?...

-No, no... No se asuste, que no pasa nada... ¿Puedo pasar?

-Pase... Siéntese... Mira, Robertico, vete donde Omarcito a jugar, vete...

Entonces, ¿cómo es que está fuera?...

-Me escapé.

-¡Se escapó!... ¿Y si lo agarran?... ¿No lo vio nadie?!

-Nadie; yo sé cómo hacer las cosas. Antes de salir hablé con su hermano; es el único que sabía que iba a huir.

-¡Y le dijo que viniese aquí!

-No, no... El no me dijo nada; yo tampoco le dije que iba a venir para acá...; pero vine.

-Ya veo...

-¿Dónde está su hermana?

-¿Rosa?

-Sí.

-Ella salió ya... y no regresa.

-¿No regresa?

-No.

-Pero viene a dormir, ¿no?

-Tarde.

-¿Y puede decirme dónde la puedo ver?

-No sé...

-¿No sabe?

-No sé.

-Veo que no le he caído bien.

-No, no me cae usted nada bien, si eso es lo que quiere, la sinceridad...

-Sí, eso me gusta.

-Pues ya la tiene.

-Está bien; pero vendré mañana, por la mañana; ¿en la mañana sí está?...

-No sé...

-¿Tampoco sabe?

-No.

-Bueno, pero vendré, por si acaso...

-?Cómo supo usted que vivíamos aquí?

-Me lo dijo usted misma.

-!Yo?!

-Sí, el día que estuvo de visita, ¿se acuerda?

-Sí me acuerdo; pero ¿yo le dije que vivíamos aquí?

-Usted me dijo que vivían en el cerro más arriba de El Manicomio;
¿eso es aquí, no?

-Pero el cerro es grande, y hay muchos ranchos por aquí...

-!Pero a Rosa Rodríguez la conoce mucha gente!

-...

-?No es verdad?

-...Sí.

-Bueno, no quiero molestar más; me voy...

-Espere. ¿Usted comió algo?

-No.

-?Cuándo salió huyendo?

-Esta mañana.

-Y ya es noche, ¿y aún no ha comido nada?

-No.

-?Quiere comer?

-Sí; tengo mucha hambre.

-?Por eso quería ver a Rosa?

-Sí.

-Y ¿por qué no me pidió comida a mí?

-No sé, no le tengo tanta confianza...

-Pues si es comida, yo se lo voy a dar; podría haber sido mi hermano Aquiles, ¿sabe?...Yo no le puedo negar a usted un bocado...

-Gracias.

-Pero también le voy a decir que esto no le sirva para meterse dentro de la casa, ¿oyó?

-Nó, claro...

-Eso está bien claro; yo le doy de comer ahora, yo tengo un arroz blanco, y le frío dos huevos y un plátano, y tengo pan; eso es todo lo que tengo, pero lo tengo; y eso se lo doy a usted ahora, pero usted se va de aquí y no vuelva, ¿está bien?

-Bueno, sí, ¿cómo no?

-Pues esa es la condición que le pongo... No me venga mañana por la mañana a buscar a Rosa a la casa porque entonces sí me va a tener usted en frente, ¿me oyó?...

-No se preocupe, y siga calentándome ese arroz, y fríame esos huevos, que usted no me vuelve a ver más... Y se lo agradezco, ¿sabe?... Es que ha sido un día largo hoy...

-Sí, debe ser largo un día huyendo... Y ¿por qué huyó?

-Y ¿qué iba a hacer allá, en aquella jaula?

-¿Qué?... Bueno, ¡y por qué lo agarraron!... ¿no lo agarraron a usted asaltando un banco con las armas en la mano?!

-Sí...

-¿!Y qué quiere usted que le hagan, que lo dejen en su casa, para que asalte usted otro banco?!

-Eso no fue por robar...

ella?; Josefina le dijo lo que sabía hacer; ¿es verdad que ella sabía hacer todo eso?; claro que sí, ¿por qué le iba a mentir?; "¡ay, m'hija!, si no hacen más que mentir, todo el mundo miente"; ella no, porque, además, ¿qué valía mentir si enseguida iban a saber lo que sabía hacer, en cuanto le ordenasen la primera comida?... ¿!no!?!; eso era verdad, pero doña Eugenia sabía de muchas y muchas que le habían vuelto al día siguiente de conseguirles el empleo, diciéndole que las habían botado, y, ¿para quién era el daño?, para ellas no, porque después las mandaban para otra parte, ya con lo que sabían, y no pasaba nada, pero ¿a ella?, ¿!qué le pasaba a ella, que llevaba casi diez años y tenía un prestigio que defender, qué iban a decir de ella!?...; por eso es que ella quería la verdad, ningún cuento, ¡mentiras nada!, sólo lo que sabía hacer, ¿no?...; a ver, otra vez, ¿qué sabía hacer Josefina?...; y Josefina que repite lo mismo que le ha dicho antes; "está bien, siéntate m'hija, siéntate... aquí tienes sitio", ¡entonces ella, Josefina, era una joya!; ¿por qué?; ¿!por qué! si ella sabía cocinar y lavar y atender a los muchachos y hacer las camas y... todo... ¡bueno, pues... ella le podía conseguir un buen empleo!...; ah, pues a ella, a Josefina le gustaría mucho; muy bien, ya se iba a ocupar de ella, primero tenía que terminar unas vueltas de punto para una manga de sweater que estaba haciendo a su marido, que llevaba cuatro años sin trabajar, por un reuma malo que le tenía las piernas baldadas; Josefina lo sentía mucho; sí, gracias, y ella lo sentía más, porque tenía que trabajar muy duro para sostener la casa, no porque le doliera trabajar para su marido que no podía hacerlo, porque el hombre era un santo, sino porque lo veía a él cansado de estarse sin hacer nada; ¿qué hacía su esposo?; él era albañil, ¡pero albañil!... no uno de esos toeros que están en eso, en trabajos de ayudante, porque no tienen un oficio, sino que su "negro" era un albañil de

-!No fue por robar!... ?Y por qué fue?

-Por la política...

-Ah, sí, por la política!... Eso es lo que están diciendo los ladrones ahora... ?Se comerá usted tres huevos?...

-Sí, si gusta...

-Pues le voy a poner tres, que de verdad el día ha sido muy largo para usted, y !para ese cuerpo!... Usted no parece que tenga diecisiete años.

-No, nadie me lo cree.

-Sí, se lo creo; pero parece un hombre de veinte.

-Uno nace grande y se cría grande, y no sabe por qué.

-Sí, nadie sabe por qué es un grande o pequeño, o bueno o malo; eso es un misterio.

-Eso es la naturaleza...

-Claro... Anda, cómase esto ahora; ya le traigo un vaso de agua...

?Cómo estaba Aquiles cuando usted lo vio, esta mañana?

-Estaba bien; es un gran muchacho, ?sabe?

-Ya lo sé.

-Y, ya ve, él cayó también.

-Sí, también él cayó. Pero no todos los que caen mal, como él, son así, buenos, como él.

-Todos tenemos nuestras razones.

-Sí; pero unos las tienen buenas, y otras las tienen malas.

-?Cuáles cree usted que son las que tengo yo?

-No sé.

-?No sabe?... Pues yo sí sé...

-Claro, cada uno sabe lo suyo, ¿no?

-Sí, yo sé lo mío como como si me hubiese visto crecer por dentro, ¿entiende?

-Claro, les usted mismo, ¿no?!

-Sí... Este arroz está muy sabroso, ¿sabe?

-Gracias.

-Lo que yo le pido es que no diga a nadie que estuvo comiendo aquí, que yo le protegí, ¿oyó?

-Claro...

-Y, por favor, no venga a buscar aquí a mi hermana, porque eso nos puede traer más cosas de las que ya tenemos en esta casa...

-No se preocupe, Josefina...

-¿Quiere más agua?

-Sí, por favor...

-Yo comprendo que también usted debe tener sus razones, y sus problemas, y, además se encuentra solo.

-Sí, yo también llevo por dentro lo mío, ¿sabe?

-Claro...

-Primero, que mi madre no me puede ver...

-¿No le puede ver su propia madre?

-No.

-¿Y es su madre?

-Sí, ella, la que me parió.

-¿Y por qué?

-No sé; nunca me quiso; la que me quería era mi abuela...

-Ya murió...

-No,

-Acaso lo quiere todavía.

-Puede ser...

-?No va a ir a verla?

-!No!

-?Y por qué?

-Es el primer sitio que van a vigilar, la casa de mi abuela, ¿comprende?

-Sí, claro... ¿Está aquí, en Caracas?

-No, en Lara... No, allá no puedo ir.

-Y ¿a dónde va a ir, entonces?

-No sé...

-Siento mucho no poder ayudarle en eso; pero usted, sabe que podríamos comprometer a Aquiles.

-!No, si ya entiendo!...

-Eso no podría ser.

-Claro.

-?Y su padre?

-No lo conozco.

-Y su mamá, ¿está casada ahora?

-Sí; pero ya esa no es mi gente.

-Sigue siendo su madre...

-!No, qué va!... Ella me tuvo a mí a los quince años; después tiene hijos, no sé, cuatro o cinco, y vive su vida; !no, eso terminó ya!...

!Si yo nunca he querido volver donde ella!

-?Pero ella lo tuvo a usted hasta cuándo?

-Ella me soltó antes de casarse; y venía a verme de vez en cuando; usted sabe, a Lara, al pueblo; yo me crié con los abuelos; ya el abuelito murió; la abuela me quiere mucho, y ah venido a verme; una vez vino con mi madre también; ella apenas me dijo nada; me dio veinte bolívares...

-?Y la abuela?

-La abuelita sí que me quiere, y me trajo ropa y todo; ella está todavía joven, pero está muy acabada; por los disgustos, sabe; por eso, que no puedo ir a molestarla otra vez, y !que allá me cojen preso otra vez!

-Hasta cuándo estuvo usted con su abuela?

-Yo estuve allá hasta los doce; después me fui de la casa, y yo he andado por todo, ?sabe?, !por todo!...

-Bueno, está mejor ahora...

-Mucho mejor; si me trae un poco más de agua, me la tomo y me voy.

-Sí, ?cómo no?... Aquí la tiene. De veras que siento no poder ayudarle más, pero de verdad que no puedo, ?comprende?... ?No tiene dinero?...

-No.

-Tome estos cinco bolívares... Tómelos, tómelos; le harán falta para esta noche; después se tendrá que ir buscando otra cosa...

-Cómo no, yo me arreglo; muchísimas gracias, Josefina, no lo olvidaré nunca; dígame a Rosa que estuve aquí...

-No se preocupe, que yo se lo digo; que tenga suerte...

-Adiós.

15

Ya están formados... Todos. Son ciento noventa y tres. No están aquí todos los que debieran. En la calle, ¡en la calle pelada!, hay miles y miles de estos muchachos enfermos que debieran estar aquí. Son muchachos que están enfermos de un mal que no se ve. Que a uno le falta una pierna, y a ése cualquiera lo llama cojo, y se compadece de él, y lo ayuda, porque se le ve la pata de palo, o porque le cuelga el tubo vacío del pantalón; que a uno le falta la madre, y con todo y faltarle algo más que un remo no se le ve eso en la calle; ni se le nota; no se le ve que le falta a uno la madre y su cariño y su apoyo. Y como digo que no tiene madre, puedo decir que sí tiene madre pero que le salió mala; como entre muchas manzanas buenas sale una mala; sí, le salió, porque él, el muchacho, no ha podido elegir a su mamá; y esto, el que le salga a uno la madre mala, es acaso peor que no tener madre; duele menos;

es acaso peor que no tener madre; porque la madre que no ve a su hijo, que no le importa su hijo, ¿qué clase de madre va a ser?; y eso, en la calle, cuando ven a alguien que se ha robado una cartera, nadie ve lo que le falta a ese ladronzuelo por dentro. Y lo juzgan como ladron. ¡Qué ladron va a ser alguien a quien le han robado antes su madre!... Y de estos enfermos que no se ven hay miles en la ciudad, ¡miles!... y aquí tengo solamente ciento noventa y tres; y a toditos les veo que tienen algo roto por dentro. Si cualquiera que tiene ojos se fijase en ciento noventa y tres relojes, por ejemplo, los mira por fuera y se da cuenta si andan o no, y hasta pueden ver si andan bien o no; con estos muchachos que están midiendo un tiempo en la vida es diferente, porque hay que adiestrarse para verlos bien por dentro, como yo, y auscultarlos por dentro, como yo, y hasta quererlos, no por la apariencia, que engaña mucho, sino por lo que da cada uno de estos muchachos por dentro. Ahora son ciento noventa y tres. Ayer había ciento noventa y cuatro! ¡Me falta uno desde ayer!... ¡y no sabe lo que hace!... De estos enfermos que no saben que lo son, porque comen y duermen bien y no sienten dolores que los avisen, hay en esta ciudad miles y miles; desde ayer uno más, que es el que me falta hoy aquí...

Ese muchacho enfermo, ¿dónde estará ahora, qué hará?

Villanueva, un muchacho madurado en hombre con ese apuro que a veces apresura, y deforma, es un enfermo grave que anda suelto, a lo loco, perdido entre la sociedad; y se conseguirá otros que son como él, y juntos pueden asaltar, y robar, y hasta matar, porque un enfermo como Villanueva puede matar fácilmente...

Aquí están los ciento noventa y tres muchachos; parecen enteros, fuertes, sólidos; y parecen también sanos, vivos, hasta inteligentes. ¡Y a veces son todo eso, hasta listos! Pero están incompletos, están a falta de algo, que unas veces es juicio, otras veces es serenidad, otras veces equilibrio, otras ima-

ginación; y otras veces el mal está en que les sobra algo, porque les sobra coraje, por ejemplo, porque les brota en la forma de una agresividad que no saben controlar, o les sobra miedo, porque les nace dentro como un susto permanente que no saben discernir y rechazar. Ahí están los chicos. ¡Cualquier militar creería tener con ellos un batallón! Y esos muchachos juntos, tal como están, no son una fuerza, sino una debilidad; es como tener casi doscientos físicos juntos en formación.

Tengo que hablarles, y decirles lo que pienso de ellos, lo que espero de ellos, lo que me gustaría hacer de ellos, lo mucho que me gustaría aliviarles de su mal. ¿Me podrán entender? ¿Qué pensarán estos muchachos de mí dentro de sus propias cabezas?. Por fuera me respetan, me escuchan, hasta parece que me aprecian. Y por dentro, en la celda cerrada de cada una de esas cabezas, ¿cómo me verán a mí?...

Les voy a hablar, y les diré la verdad, lo que siento de ellos, lo que quiero de ellos, que descubran su capacidad de bien, de amor, de construir! lo que puedo hacer por ellos; ¡claro, si ellos, a su vez me ayudan a mí!...

Ya me están viendo; a medida que me voy acercando se van fijando en mí; unos con cara de susto; otros no, otros me miran como si yo fuese su padre, y ellos no saben que es verdad, que yo los veo así; ¿cómo se siente uno padre de unos tarados, de unos locos?, pues como se sentía Unamuno con la idiotez mongoloide de su hijo, como me siento yo, con ganas de ayudarlos, doliéndome de las cosas que hieren a estos muchachos, compadeciéndome de sus herencias, alegrándome de las mejorías que van experimentando con los tratamientos; así, como debe sentirse un padre con sus hijos. ¡No es exactamente igual, claro! Yo tengo

hijos de mi propia carne, y de mi herencia espiritual y los quiero de otra manera; porque hay muchas maneras de querer a la gente; pero a éstos que me están viendo ahora desde esos ojos, de esos trescientos ochenta y pico ojos que me ven llegar y disponerme a hablar, los quiero yo de verdad, porque yo no podría ocuparme de ellos sin el acicate y el sostén de un cariño, porque nunca me hubiese dedicado yo a esto sin una vocación capaz de llenarme todo... Ya tengo a este cuerpo doliente delante. Aquí va:

"Los he reunido aquí para decirles que se ha fugado un compañero de ustedes... (Hay ojos, lo veo, que acaban de enterarse de que se ha ido alguien; otros, en cambio, que posiblemente vieron escaparse a Villanueva ayer en la madrugada)... Muchos de ustedes, casi todos ya lo saben; ya lo sé. Y no quiero confidencias, ¡no quiero soplones!; no quiero criar soplones en esta casa, ni quiero escuchar ahora a nadie que me quiera contar lo que pasó; aquí les estamos enseñando a ser hombres, a descubrir su capacidad de bien, de amar, de construir; les enseñamos a ser hombres, no a ser mujeres... (no es que tenga nada de malo ser mujer, pero para la mayoría de estos muchos la mujer, y la madre, que no han conocido nunca, son un signo de debilidad)... aquí les estamos enseñando a ser ustedes mismos, lo que son por dentro, lo que deben ser por dentro; por eso que yo no quiero que nadie me diga cómo se fugó Jesús Villanueva... ¡No me importa cómo se fugó!... Todos ustedes saben muy bien cómo se pueden escapar uno de esta casa; escaparse es fácil; todos ustedes se pueden escapar cuando les dé la gana. Uno puede saltarse un muro, uno puede conseguir un permiso de salida y no regresar, ¿comprenden?; así, sencillamente.

"Yo no los quiero tener presos; yo no soy un carcelero; aquí no estamos poniendo a los muchachos en celdas; y ustedes lo saben muy bien. Ustedes saben

muy bien que para lo único que sirven ahora las puertas de hierro es para ponerlas de adorno en la Plaza de la Reja, donde las ven ustedes todos los días para que se den bien cuenta de que eso se acabó, de que eso lo acabamos, ustedes y yo, para siempre.

"Tomamos algunas precauciones, claro está... (Algunos se están riendo por dentro, y otros se quedan serios y están viendo los alambres de púas que brotan sobre los muros)... Sí, hay un muro a todo lo largo y lo ancho de esta casa, es verdad, y también hay unos alambres de púa encima, y hasta unos cascos de botella; eso, cualquiera lo puede ver; pero este cerco, un cerco que se puede saltar a pesar de esos obstáculos cuando se quiere escapar uno de verdad, como lo hizo ayer un compañero de ustedes, no es por nosotros, no es para que ustedes nos dejen tranquilos con sus ganas de irse, no es para que ustedes nos dejen tranquilos con sus tentaciones o sus amenazas de huir, sino para que ustedes estén protegidos... (Algunos sinvergüenzas se están escondiendo detrás de las cabezas de los que están delante para reirse; los veo a todos; otros, sobre todo los que están primero, los que están en primera fila, no se atreven a sonreír siquiera, pero estoy seguro que se están reventando de risa por dentro)...

"¡Algunos no me lo creen!... Y algunos hasta se ríen. Y yo, como ven ustedes, no me río de eso, ni me enfado porque se ríen ustedes. La mayoría de ustedes, los que llevan ya varios meses aquí, en la Casa, me conocen bien; y, unos más, otros menos, ustedes

me conocen todos, porque han hablado conmigo personalmente o porque les han hablado de mí. Y saben que yo nunca hago uso de la fuerza, que nunca los castigo con la violencia, que trato de ser justo con ustedes. ¿Por qué? Porque son un poco mis propios hijos... Eso, mis propios hijos...

(¡Estos carajos se ríen, y me van a sacar de quicio)... "Otro que ríe... Ríase... No me importa...")

"Acabo de recibir una carta, ayer. Les voy a decir lo que dice esta carta. Se la voy a leer. No voy a hacer comentarios, porque la carta se explica sola.

"Dice así la carta: 'Casualmente me he enterado que una de las sicólogas que trabaja en el Instituto que usted tan dignamente dirige fue trasladada, o está trabajando aquí, en la Casa de Reeducción; y he aprovechado esta ocasión para enviarle la presente, deseando se encuentre perfectamente bien de salud. Me he decidido a escribirle porque he observado en Gómez"... este es un muchacho que estuvo aquí y que muchos de ustedes conocen, 'una gran necesidad de hablar con usted, y digo esto porque hablando con él me demostró los deseos que tenía de disculparse con usted por el gran error que cometió antes de ser trasladado... (ya comienzan a interesarse, se les ve esa luz en los ojos)... El muchacho, que se ha convertido en compañero íntimo mío, tiene grandes deseos de superación; él está en un pabellón que no es el mismo donde yo estoy, pero diariamente nos encontramos dos veces al día, ya que estamos estudiando en la mañana tercer curso, y en la tarde, de dos a tres, nos encontramos en el curso de Inglés que una interna está dictando; y así es como entablamos conversación,

y donde él me ha expuesto unos grandes planes para el futuro, y en una de esas conversaciones me dijo: cuando salga de aquí, el mismo día, me llevo a Los Chorros para hablar con el director. Yo me he dado cuenta que cada vez que nos encontramos el tema de conversación es hablar de Los Chorros, y quizá sea porque le tenemos gran aprecio a nuestro instituto, ese gran aprecio es motivado que fue en Los Chorros donde encontramos personas a quien depositar gran confianza, la cual no había depositado ni a mi madre nunca jamás. Yo estoy seguro que este mismo, o algo parecido, le sucede a nuestro amigo Gómez, ya que nosotros tenemos algo en común, y es que él es algo tímido al igual que yo. Aquí él está interesado en sus estudios para sacar su sexto grado. Yo desearía que cuando usted tuviese algún tiempo lo viniera a ver a él, que viniera como si fuese una visita cualquiera, y que lo tratara, no como amigo solamente sino que de un modo indiscreto (dice indiscreto, aunque debería decir discreto, y eso es lo de menos) lo tratara de siquiatra a paciente. Agradecería me saludara a los maestros del Grupo Rafael Urdaneta, a los alumnos, y en especial a los encargados de la Biblioteca y Cartelera, también a la maestra Rosa, a los maestros del curso del INCE, a los supervisores de la sección B, a la supervisora de escolaridad, al padre, el siquiátra del grupo; en fin, a todos, aunque para que se evite esto va a tener que valerse de un aviso saludando a todo el personal de parte de nosotros, los antiguos alumnos de aquel instituto, en ese instituto donde hemos sido alumnos, de nosotros que dimos ahí el primer paso hacia la realidad y hacia el verdadero camino del progreso. (Y para terminar dice): Atentamente, Julio Moya". Esta es la carta. (ya están interesados). La he leído como viene escrita. Muchos de ustedes co-

nocen también a Julio Moya, que no era mejor que ustedes, ni era peor tampoco, sino que era igual que ustedes, que era un compañero más de ustedes. Y ustedes ven que yo les leo la carta con satisfacción, y hasta con orgullo; porque es un muchacho que se acuerda de nosotros, del grupo que formamos nosotros, que sigue estando en Los Chorros, aunque sea con el deseo. Y les podría leer decenas de estas cartas. Y algunos no escriben porque no saben cómo expresarse. Este es nuestro trabajo, el de ustedes y el mío, porque este trabajo no es sólo mío, ni sólo de ustedes, sino de todos nosotros. Y si yo he estudiado y me he preocupado por mi profesión, y si tengo un disgusto grande ahora mismo, que les estoy hablando de alguien que se me ha ido ayer, es porque en lugar de otro oficio, de dedicarme a recetar pastillas para curar un dolor de espaldas, o de dedicarme a hacer unos planos para levantar un edificio, o de dedicarme a curar a los animales, o dedicarme a construir máquinas, o hacer relojes, o trabajar la madera, en lugar de esforzarme en cualquiera de estas profesiones que me hubiesen dado más dinero, y mayor tranquilidad también, en lugar de dedicarme a eso he decidido dedicar mi vida a ayudar a ustedes, a acercarme a ustedes, para ayudarlos, para hablarles, como lo estoy haciendo ahora, para estar donde antes había un vacío... (no hay nadie que se ría ahora; comienzan a comprender)... Y ya que ustedes me comprenden, que saben que no tengo yo ninguna obligación especial de ponerme a ayudar a ustedes, que si los ponen presos fuera de aquí, que si los maltratan en la policía, que si los pegan, que si ustedes ya son grandes para que alguien se ponga a ayudarles a aprender un oficio, ayudándoles a curarse los nervios, ayudándoles a sentirse sin miedo; ayudándoles, ¿cómo no?, a que ustedes mismos se comprendan mejor, a que se integren de nuevo, más sanos, más fuertes, a la sociedad, a la familia de hombres a que pertenecen; yo sé que ustedes comprenden eso, que yo, en lugar de dedicarme a ustedes, podría dejarlos y olvidarlos para siempre.

"Ustedes no están aquí, separados de las demás gentes, porque son siempre culpables; ustedes no son peores que los demás... (Ya están todos conmigo, ya me escuchan)... pero ustedes necesitan de ayuda para olvidar algunas cosas que la vida les enseñó torcidas, como no eran, y necesitan de alguien que los comprenda, que les enseñe que siempre hay en el hombre una mano que construye y otra que destruye, porque destruir destruimos todos, pero también tenemos que construir, tenemos que hacer, y hay que adiestrar la mano que construye, porque mano que no esté adiestrada, que no esté lista, para construir, destruye, porque las manos del hombre sólo están quietas cuando muertas; ahí está ese mal que les ha llegado sólo en la vida, sin ustedes darse cuenta, porque le han enseñado a destruir y no ha habido nadie que les haya puesto a construir con la otra mano; y aquí queremos todos ayudarles a curarse de ese mal, para que ustedes se sientan capaces; aún más, para que cada uno de ustedes mismos vaya descubriéndose su propia capacidad de bien, de amor por/alguien o por algo, para que así se sientan capaces de caminar solos, erguidos, sin miedos, en la vida, y también sin despertar miedo en los demás en torno a ustedes, en su derredor.

"Eso es lo que queremos aquí, ayudarlos. No sólo yo, sino todos los que estamos aquí, que formamos con ustedes una familia; una familia en que hay maestros, como tiene que ser, porque son como los padres, donde hay también trabajadoras sociales, médicos, sicólogos, como debe ser, y donde hay hijos que ayudar, que son ustedes, y que juntos hacemos la familia.

"Y si alguno se va de esta casa, como ha ocurrido, se está haciendo daño a sí mismo, porque se condena a sí mismo a vivir huído, sin nadie que le comprenda, sin nadie que le ayude, haciendo daño a los demás y

haciéndose daño a sí mismo, y torciendo, a veces sin quererlo, un camino de la vida que ya está oscurecido por su propia enfermedad... (¡Están como hipnotizados!)...

"Esto es lo que quería decirles. Nosotros, todos, en esta casa, estamos para ayudarnos unos a otros, porque esta casa está hecha de ustedes y de nosotros, de todos nosotros, para ayudarles a salir de esta casa en cuanto estén en condiciones de hacerlo; en salir, pero salir de ese portón, con un papel que certifique que están ustedes bien, que pueden afrontar la vida otra vez sin miedo, que van a sumar en la sociedad, y no restar; que no van a asustar a nadie; y no los tenemos aquí ni un día más ni un día menos que los necesarios; y eso depende de ustedes mismos; su curación depende de su propia voluntad, de su cooperación, de su ayuda.

"Eso era todo".

16

"Ahí está tu hermana"... El que la ha visto ha sido José Armas. Y es verdad, allá viene, con un paquete en la mano, con la frente alta, seria; como una mujer. Es Josefina. Y viene sola. "Sí... ¡y no trae a Robertico!"... Y a Aquiles le duele que su hermana no traiga al pequeño; ¡con las ganas que tenía de verlo, de jugar con él!... "No te molestes con ella, acaso no pudo"... ¡Este José Armas lo quiere arreglar todo, no se rebela contra nada, carajo!... Y sale al encuentro de su hermana, solo, dejando a José Armas donde está, y piensa que acaso es verdad que no pudo; pero acaso también es verdad que no lo trajo por nada, por mariguerras, porque a Josefina no le gusta que Robertico lo vea preso en la Casa...

"¡Josefina!"... "Cómo estás"... "Bien, ¿cómo no lo trajistes?"... Josefina dice que no, que no pudo, que tiene que hablarle de otra cosa. Y ella, ¿no pudo traerse a Robertico por eso?... No, no pudo, Josefina lo pre-

fiere así. "¿Qué pasa?"... "¿Aquel es tu amigo, no?", pregunta Josefina, sin contestar. Y Aquiles le dice que sí, que es José Armas; ¿no lo conoció el otro día?; Josefina dice que sí, que se acuerda, pero que se lo está preguntando porque los está mirando. "Déjalo ahora- le dice Aquiles- y dime, ¿qué pasa?". Aquiles ve a su hermana, y la siente asustada; pero ella es valiente, y le mira a él, y le dice: "Bueno, tú sabes que huyó el valentón ese de los asaltos a los bancos, ¿no?"... Claro que Aquiles sabe eso, ahora es él el que pregunta, a ver cómo sabe ella que Villanueva se ha fugado de la Casa de Observación!; y Josefina le dice que eso es lo que quiere contarle, y que por eso no quiso traerse al pequeño, que ella no quiere que el chico sienta nada de lo que está pasando en su derredor, porque después le va a quedar eso por dentro, ¿no?; Aquiles está conforme, y dice a su hermana que sí, que también a él le está preocupando Robertico; pero que le cuente lo que hay, rápido... pero no aquí, porque la gente los está viendo, y hasta las pueden oír, sino que vayan a sentarse al banco, un banco que está un poco alejado de los demás, debajo de una trinitaria, en un rincón del jardín; y llegan a ese banco y se sientan, y entonces Josefina pregunta a su hermano a ver si es verdad que el Villanueva, ese es amigo suyo; Aquiles dice que.... bueno, que amigo, así, no es, que amigo suyo como debe ser es José Armas, que era eso, que conversaban y que Villanueva lo había respetado siempre y que le había hecho la confidencia de que se iba a fugar, cosa que no había hecho con nadie más, que eso era algo; pero que así, amigo de verdad, que no lo era; pero que se cuidase mucho su hermana de decir nada de esto a nadie, ¡a nadie!, ya Villanueva le había contado eso porque confiaba en él, y que él no quiere fallarle

en la confianza a nadie, ¿oyó su hermana eso?...; Sí, Josefina oyó eso, y comprendió también eso; y ella está contenta de que su hermano sea así, un hombre de palabra... Pero, bueno, y Aquiles se impacienta, ¿cómo supo Josefina de Villanueva?... ¡Josefina le cuenta que el hombre le llegó a la casa...! "¡a la casa!", Aquiles se sorprende de que Villanueva le haya llegado a su hermana a la casa sin él haberle dicho nunca dónde vivían ellos y pregunta a su hermana que ¿cómo ha podido llegarle Villanueva a la casa, que quién ha podido decir eso a ese tipo!...;

y Josefina dice que ella; ¿ella?... ¡Sí, debió decirle eso sin darse cuenta, cuando él la acompañó un día hasta el portón...!; ¿y él, Villanueva, le preguntó eso a ella?; debió ser así, aunque Josefina no lo recuerda muy bien ella debió decirle solamente que ellos vivían arriba del Manicomio, así, en la conversación; ¡y ese coño de su madre le había llegado a ella, su hermana, en la casa, después de haberse escapado de la Casa de Observación, ¿no?...; Sí, así había sido; ¿y qué le dijo cuando llegó, qué mentira le contó?; Josefina le va contando ahora, ya más tranquila, que Villanueva le llegó en la noche, que ella estaba sola con Robertico, que Rosa justo se acababa de ir...; "¡y qué te dijo?"... se impacienta Aquiles; nada, entró y dijo a Josefina que quería hablar con Rosa, pero ella le vio la cara de hambre que tenía y le preguntó que si lo que buscaba era algo de comer, ella se lo podía dar..., lo que quería ella, Josefina, es que ese hombre no viese a Rosa, que comiese lo que fuese y que se fuera de la casa cuanto antes, ¿no?...; ¡claro!; ella pensó que podía haber sido Aquiles que llegaba así, hambriento, perdido, asustado, ¿comprende eso Aquiles?...; Aquiles dice a su hermana que sí, que él comprende bien lo que le está diciendo; pero ¿qué más?; Josefina le cuenta entonces que durante el tiempo que estuvo comien-

do Villanueva en la casa conversaron un poco, y que le dijo ella que después de eso que se fuera, y que no regresara, por favor que no regresara, que eso les podía perjudicar mucho a ellos, sobre todo a Aquiles, ¿no? ¡claro...!; pues eso es lo que le dijo, y, nada, después de eso se fue...; ¿lo había visto alguien?...; Aquiles está preocupado por si lo vio alguien en la casa; no, nadie; eso fue anteayer, ¿no?... ¡Sí! pero... ayer se le presentó el hombre otra vez...; ¡Villanueva!; si...; ¡ese coño había vuelto a la casa otra vez ayer!; si, y ¿sabe con quién se presentó Villanueva?...; no, Aquiles no sabe con quién; con Rosa...; ¿!con Rosa?!...; sí, con Rosa; se da cuenta ahora por qué no ha traído a Robertico con ella?...; ¿!con Rosa!?!; Aquiles no puede, o no quiere, creerlo; "sí, señor, con ella se me presentó en la noche, acabadita de salir..., el debió estar celándola cuando ella bajaba"...; ¿!y qué pasó?!; ¿qué pasó?... nada, que Rosa le dijo a ella, a Josefina, que ese muchacho tenía necesidad de ellos, que andaba perdido, y que no tenía a nadie.. ya sabía Aquiles cómo se decían esas cosas...; ¡y Rosa había metido a Villanueva dentro de la casa!; sí...; y ella, Josefina, ¿qué hizo entonces, ¡qué hizo entonces!?...; "no grites, Aquiles- le dice su hermana- no grites, que nos van a oír... ¿qué hice yo?... ¡qué quería que hiciese!... llame a un lado a Rosa y le dije lo que pensaba, que todo esto era un compromiso para tí, y para todos nosotros, y que pensase en Robertico también"...; "¡qué va a pensar esa puta en Robertico!"; y Josefina sigue contando a Aquiles que ella le dijo entonces que ¿cómo se iban a hacerse cargo ellas de aquel hombrón, que se podía comer en un día todo lo que ella, Rosa, podía ganar en una semana?...; ¿le dijo eso a Rosa?; sí, se lo dijo; ¿y qué más?; pues ella, Rosa, le contestó que no, que eso era sólo cosa de un día o dos, y que no podían dejar a ese hombre fuera, que por la comida no

se preocupase, que ella le daría algo más...; "?!y qué va a hacer ella para eso, eh, joder más!?"...; que Aquiles no hablara así tampoco, le dijo Josefina, que eso no podía arreglar ya nada, que el hombre estaba dentro de la casa..; "!coño de su madre!"; bueno, Josefina se esfuerza en calmar a su hermano, que no se ponga así tampoco, que acaso Villanueva se va en un día o dos, !hasta puede que cuando ella regrese a la casa Villanueva se haya ido y no vuelve más!... ?no?...; no, Aquiles no cree eso, porque ese hombre es un sinvergüenza, ¡un sinvergüenza!..., ?qué hacía Villanueva cuando salió Josefina de la casa para venirse a verlo?; pues se fue después del almuerzo, y hasta puede que no regrese más!...; bueno, y dónde durmió ese bandido, en qué cama; en la suya, en la de Aquiles, ?dónde más ha podido dormir?...; ?y Rosa?; ella, Rosa, si eso es lo que le preocupa, no ha visto al Villanueva ese en toda la noche, porque ella, Josefina, estuvo sin poder dormir, y aún estaba despierta cuando llegó su hermana a casa en la madrugada... !cómo podía pegar un ojo con aquel hombre dentro de la casa!... bueno, Josefina llegó y se acostó en su cama, Villanueva, cuando se despertó, comió su desayuno y se fue, sin decir nada, y regresó al mediodía y habló con Rosa un rato, después almorzó sin hablar mucho y se fue... ?sabe su hermano que Villanueva es bastante confianzudo?...; !no va a saber él lo que es Villanueva!...; bueno, pero tampoco ayuda nada que Aquiles se haga mala sangre ahora, ?entendido?, que no se ponga así, porque la gente los puede estar viendo y los ven a ellos así, descompuestos, su amigo, José Armas, no viene, pero los está viendo; sí, ése es un buen amigo, pero, bueno, y ?cuando salió ella ahora de la casa, cómo la dejó?; bueno, ella dejó a Rosa acostada, como siempre, y a Robertico jugando con Omarcito, su vecino, y ya le dijo a Aquiles que Villanueva, había salido después de almorzar,

?no?...; sí; bueno, dónde ha ido Villanueva, ella no sabe, pero comer, sí comió ese bruto como cuatro!; ?Villanueva sabía que Josefina venía a la Casa de Observación en la tarde?; sí, se lo dijo ella misma; ?y qué le dijo él?; le dijo que, por favor, no dijese nada a nadie sino a Aquiles, que a él sí le tenía que decir, porque él era muy amigo suyo...; !cómo de su madre!; ... y que en el único que podía confiar era en Aquiles..., bueno, eso, bla, bla, bla...; sí, Aquiles sabe bien que Villanueva sabe mucho de eso...!que lo va a matar!; que no, que no se pusiese así Aquiles, porque ese hombre no se merecía esa preocupación, y que, además, todo se iba a arreglar, ya veía él que para la próxima visita todo estaba arreglado, porque ella le iba a poner a su hermana Rosa las cosas muy claras, y que le iba a decir lo que Aquiles pensaba de Villanueva, y que eso podía cambiar las ideas que tenía Rosa del hombre, ?no?...; !qué va!; bueno, todavía no lo saben, porque acaso no regresa ya esta noche, o se va mañana...; ?y si no?; si no... !en esa casa arde todo!...; "sí, Josefina, no los dejes"...; no, ella no los va a dejar quietos, !qué va!, que él esté tranquilo por eso, ?oyó?, que Aquiles está tranquilo de que nada malo va a pasar, y que tome aquellas ropas que le trajo, porque le trae una camisa nueva también, y también le trae una comida, algo, y le va a dar veinte bolívares, que los tome, y que Aquiles no los quiere tomar, pero que ella insiste y le advierte que los tome ya que ahí viene su amigo...; "hola, cómo está"; ya está José Armas allá, y dice a la hermana de Aquiles que él está bien, y ella, ?cómo está?; Josefina le dice que también están bien todos en la casa y que ha venido a verlos...; sí, y Aquiles estaba un poco bravo porque no había traído a Robertico, su hermano; sí, Josefina sabía eso, y había esta-

do discutiéndolo, pero ella no pudo traerlo hoy, sería otro día; José Armas le dice galantemente que basta que vino ella, que ella sola también es bastante; claro; Aquiles está bravo por lo del hermanito, ¿no?; sí, es que quiere mucho a Robertico; Aquiles está callado, encogido; entonces José Armas pregunta a Josefina si Aquiles la quiere a ella también tanto como al chico; Josefina no sabe qué decir, y mira a su hermano, y dice sonriendo que sí, que cree que sí; Aquiles dice que sí, claro, y se levanta, porque se va a llevar el paquete al dormitorio, y que ya viene; entonces Josefina dice a José Armas a ver por qué no se sienta él también en el banco, porque hay sitio, ¡bastante!; José Armas se ríe, porque es verdad que hay muchísimos lugar en aquel banco; y Josefina le dice entonces que su hermano le habla mucho de él; ¿de veras?; de verdad, así es; bueno, le parece bien, porque él es muy amigo de Aquiles, y es también el único amigo que tiene; ¿de veras?; sí; ¿y por qué no tiene más amigos, entre tantos como hay allá?; no sabe José Armas por qué, pero es así, y se habla con muchos, pero se es amigos de pocos, y él es sólo amigo de Aquiles, ¿le extraña eso?; no, no le extraña; ¿qué suerte tiene él, José Armas, ¿no?, tener un amigo tan bueno como su hermano?; sí, ella cree que es una suerte de verdad; y él está contento por eso, porque allá, en la casa de observación, están muy solos; ¿pero había mucha gente allá, no?...; sí, pero lo que le decía antes; que había muchos, cómo no, y uno se sentía, sin embargo, solo; Josefina quería saber si cuando hay más gente al lado de uno uno se siente más solo; José Armas dijo que él no sabía mucho de esas cosas, eso lo podía, por ejemplo, explicar bien el Director, que hablaba bien y sabía echarles discursos, pero le podía

decir lo que sentía, y era verdad que con tanta gente en el dormitorio, por ejemplo, se sentía más solo que nunca; ¿a José Armas no le venía a visitar nadie?; nadie; ¿nadie, nadie?; no; ¿no tiene a nadie?; no; ¿de verdad?; claro; ¿y su madre?...; ¿ha muerto?...; no, no ha muerto; ¿y no viene su madre a verlo?; no; ¿no vino nunca?; sí, vino una vez; ¿y por qué no viene más?; no, prefiere no hablar de eso; Josefina quiere saber entonces si tampoco tiene hermanos; José Armas le dice que sí, que le han nacido hermanos, pero que no los ve; ¿desde cuándo?; desde hace años; ¿años, ¡cómo puede ser!?!; así es; ¿por qué?; porque hace muchos años que él falta de la casa y no ve a nadie; ¿están en el interior?; sí; bueno... entonces, cuando ella venga a ver a Aquiles viene a verlo a él también, ¿conforme?; sí, José Armas está conforme, ¡más que conforme!, no hay más que verle los ojos contentos, a él le gustaría mucho eso; bueno, ¿cómo no?, lo va a hacer, y si ella puede traerle algo desde fuera, algo que quiera tener él, que se lo diga, porque a ella no le costará nada traerle lo que le pida, ¡siempre que no pida demasiado, ¿no?!; ¡no, José Armas nunca le pediría demasiado a ella!, le bastaría que viniese ella... eso le bastaría; ¿con eso sólo se conforma?; sí, él sí; bueno, él debe saber que cualquier cosa que tiene Aquiles es de él también, y que cualquier cosa nueva que traiga ella a su hermano también le pertenece, porque ellos son muy amigos, ¿entendido?; sí, José Armas ha entendido perfectamente, y le dice que ellos se reparten todo lo que tienen, quiere decir que todo lo que tiene Aquiles!; bueno, ahora lo tiene Aquiles, y mañana puede que lo tenga José Armas; sí puede, ¿cómo no?, y se ríe; Josefina le dice que por qué se ríe, que

por qué cree él que no puede tener nada nunca; él le dice que no sabe, que él no sabe de esas cosas, pero que hay así, gentes que han nacido para perder como él, ¿no?; ¡no señor, no tiene por qué pensar que él ha nacido para perder, ni Aquiles, su hermano, ni ella, Josefina Rodríguez, porque uno puede hacer mucho para ayudarse también! José Armas le confiesa que puede ser, y que es muy bello pensar así, y que le gusta que ella le diga estas cosas, porque a veces uno piensa que uno mismo no puede nada; sí, pero no hay que estar pensando en eso, porque entonces las cosas, todas las cosas, le van a salir mal; sí, es verdad; porque, que uno no haya tenido escuela, mala suerte, y que uno no haya tenido quien le eduque en la casa, mala suerte, y que... uno no haya tenido suerte al nacer, que no le haya tocado una buena madre, pues mala suerte, pero que por eso, por no haber tenido suerte al principio, uno no puede dejarse llevar por el río, sino que tiene que aprender uno a nadar, ¿no le parece?...; y José Armas, que está encandilado escuchándola, dice que sí, que siga, que siga; y Josefina ya está hablando como una maestra, y le dice que eso, que por esos inconvenientes que tiene uno de pequeño no se va a dejar llevar por lo que salga, sino que uno tiene que luchar y que haciendo eso se puede mejorar, que se puede ser hombre; o mujer, ¡que es igual, ¿no?...; claro; pues eso, que vale la pena pelear, y que el que pelea puede ganar, y que el que gana, ¡bueno!, el que gana puede...; ¿qué gana el que puede?; no, que estaba diciendo a tu amigo que uno debe pelear en la vida para ser algo, ¿no?...; sí, pero tampoco es verdad que todo el que pelea gana; no, dice Josefina, pero sin pelear se gana menos, no se gana nada, y para tener un hijo también hay que

sufrir; claro; "no, es que estaba diciendo a José Armas que él también llegará a tener lo suyo, porque ahora no le viene nadie a visitar, y tampoco tiene nada para ofrecer a un amigo, que es lo único que tiene, pero yo le digo que no se deje caer, que todavía puede conseguir mucho en la vida, ¿no te parece, hermano?"; claro que sí; "además ustedes ahora están aprendiendo un oficio, ¿no?"; sí, los dos; ¿qué oficio está aprendiendo?; José Armas le dice que él está aprendiendo el oficio de carpintero; ¿carpintero?; sí, ¿le gusta a ella?; claro que le gusta, eso es la madera y eso, ¿no?, que es muy bonito; a José Armas le gusta, por eso es que ha elegido la carpintería, porque él conoció en el barrio a un viejito que era carpintero, y que se llamaba Gregorio, que estaba siempre de buen humor y que hacía unas mesas bellísimas, y unos escaparates lindos, y que cuando trabajaba con una cuchilla metida en una madera sacaba unas virutas redondas y grandes, con olor a pan, y él lo miraba trabajar desde una ventana de rejas que tenía el taller del viejo y a veces le daba algo de comer, porque el viejo se comía su comida allá mismo, con aserrín y todo, y todo olía muy bien, y por eso que le quedó un buen recuerdo del viejo y le parecía que ser carpintero era buen oficio, ¿no?; los dos hermanos estaban muy conformes con eso, y les gustaba que él, que no hablaba nunca, les dijese esas cosas, porque eso era bonito; y Aquiles, ¿qué estaba aprendiendo?; Aquiles dice a su hermana que ya le había dicho ya antes que estaba aprendiendo mecánica, ¿no se acordaba?; sí, se acordaba, pero quería oírle hablar otra vez de eso, ¿por qué le gustaba ser mecánico?; bueno, ser mecánico era como ser chofer, y saber reparar el carro, ¿no?; Josefina

y José Armas están conformes con eso; bueno, y él al principio, pensó que iba a vender lotería como el tío Raúl...; ¡estás loco!, le dice Josefina; y Aquiles le dice que eso era antes, pero que después pensó que mejor se hace mecánico, porque se gana más...; ¡y uno no tiene que andar pidiendo por ahí!, le dice Josefina; y Aquiles le dice que sí, que es verdad, y que por eso también pensó que sería mejor estudiar la mecánica; claro, y Josefina le dice que eso es mucho mejor, pero le pregunta que por qué mecánico y no carpintero como José Armas, por ejemplo; bueno... Aquiles no sabe exactamente, pero ahora que lo ha puesto Josefina a pensar, piensa que acaso sea porque al lado de donde vivía su tío Raúl y donde él cuidaba a la pequeña Judit, pues allá había un viejo Matute que manejaba un carro de alquiler y que siempre lucía aseado y coloradote y grande, y siempre salía en la mañana temprano, al él llegar a la casa del tío Raúl, que salía muy temprano a vender lotería, y que regresaba en la noche, antes que él, Aquiles, salir de la casa del tío Raúl otra vez, y que le parecía un oficio bueno, y el carro estaba siempre limpio, ¿comprenden por qué le gustó eso de manejar?; sí, le dice Josefina, pero eso no era todavía lo de la mecánica; no, no era, pero los sábados el viejo Matute se ponía a verle al carro el motor y todas las piezas por dentro, y él, Aquiles, se le ponía al lado para verle mover todas aquellas cosas complicadas de hierro allá dentro, y después, cuando parecía que con todas aquellas piezas dentro y fuera, y fuera y dentro, no iba a andar el motor, el viejo se ponía frente al volante y le daba para prender y el motor prendía sua-ve-ci-to... como una máquina nueva, ¿comprenden?; sí, aquello estaba mejor, ahora sabía Josefina por qué gustaba a Aquiles, compren-

día ahora, ¡raro, eh!, comprendía ahora por qué le gustaba, porque nunca antes se había puesto a pensar en eso, ¡?qué raro, no?!; sí, era , era raro, pero así había muchas cosas, eso es lo que pensaba José Armas; así debía ser; Josefina quiso saber si en aquella escuela que tenían en la casa aprendían mucho; ¡muchísimo!; ?de veras?; ¡claro!, aprendían matemáticas y gramática y eso, todo, y además tenían maestros para enseñarles la carpintería y la mecánica, todo; pues ahora opina Josefina que están mejor aquí que en la casa, donde no iban a la escuela nunca; no, opina José Armas, afuera se está mejor, y José Armas dice también que no hay duda de que fuera se está mejor, porque afuera uno es libre, ?no?; sí, eso es verdad también; sí, y fuera uno va al cine y todo; sí, pero no aprenden un oficio, y si tantas ganas tienen de estar fuera, ?por qué no se escapan, ah?; Aquiles y José Armas no dicen nada, porque saben que Josefina les está preguntando eso para que ellos digan que no, para estar ella segura de que ellos no piensan en irse; entonces José Armas salta con la pregunta de si ella sabe que hay uno que se acaba de escapar; Josefina dice, que sí, que se lo ha dicho Aquiles; ?qué le parece?, le pregunta José Armas; Josefina le contesta que no sabe, que ella no puede juzgar a nadie, que acaso esté mal... que a ella le parece mal, que a ver si, de verdad, le gustaría escaparse a él; José Armas le dice que no, que él prefiera aprender un oficio ahora y salir con algo entre las manos, ?no le parece eso a Josefina?; ¡claro que sí!; Aquiles es también del mismo parecer; entonces Josefina pregunta a su hermano a ver cuándo piensa salir de la Casa de Observación; y Aquiles le dice que no sabe, que dicen que lo más que se puede estar allá son cuatro meses, pero que hay algunos que están seis y otros llevan casi un año, y así, ?quién va a sa-

ber cuánto tiempo le va a tocar a uno ; claro, nadie sabe nada de eso, y ¿por qué unos salen antes que otros?; bueno, depende de la falta que han cometido y también de la conducta en la Casa; bueno, Josefina deduce que la falta de ellos dos no es grande, porque eso de no haberse robado nada no es grave, y que, después, si se están portando bien en todo, ¿no?; sí, los dos chicos están conformes en eso; bueno, y Josefina se tiene que ir, y les dice que estén tranquilos, que todo se irá arreglando, que todo saldrá bien y se hacen las cosas bien, ¿comprenden ellos eso?; sí, lo comprenden; bueno, ella se va y regresará el jueves; Aquiles le dice que no se olvide de Robertico; claro; "y así le dice José Armas-mientras Aquiles juega con el pequeño, nosotros hablamos un poco también"; Josefina le dice que sí, que claro, que también hablarán ellos dos, y pregunta a su vez si no le van a acompañar hasta el portón; ¡cómo no la van a acompañar!, y Aquiles les dice que ella sabe ya que "con aquello otro" hay que estar firme, que no ceda; "sí, hermano -le dice ella- no te preocupes por eso, ¿oíste?"; sí, Aquiles lo ha oído, y está seguro de que ella va a cumplir; y Josefina insiste en que no se preocupe por eso; Aquiles dice que no, que él ya está tranquilo; José, está callado; Josefina se da cuenta que el chico ha quedado por un momento fuera del grupo, y dice: "bueno, ¿y qué pasaría ahora si ustedes tratan de salir conmigo, ah?"; ¿tú no tienes un pase, pues?, le preguntan a Josefina; ella dice que sí, que es verdad, pero ¿qué pasaría si ellos se hiciesen unos pasos igualitos?; José Armas dice que es difícil hacer eso bien, y que, además, para qué sirve salir así, de ladrón, si luego lo cazan a uno y uno nunca está tranquilo en la calle ni en la casa; claro, les dice Josefina, no vale la pe-

na, "y terminan sus oficios aquí y luego viviremos tranquilos; sí,
y Aquiles se despide de su hermana: "adiós, Josefina"; y José Armas tam-
bién: "adiós, Josefina"; Josefina les dice adiós con la mano y se va; y los
dos chicos regresan hacia el dormitorio, que está como a doscientos metros,
o más, acaso trescientos metros, y José Armas, por decir algo, o por decir
más que algo, eso es difícil de decir ahora, porque él mismo no lo sabe,
entonces, dice: "tu hermana es bonita, ¿sabes?"; Aquiles cree que no, que
bonita no es, pero que es buena, capaz y seria, que es la muchacha más seria
que conoce; José Armas insiste en que a él le parece bonita también; "!bueno
-le dice Aquiles- no te vayas a enamorar ahora de mi hermana, ¿no?!"; ¿y
por qué no?; Aquiles no sabe por qué, pero... le parece raro; ¿raro?; sí,
porque él la quiere a ella, y él, José Armas, es el mejor amigo que tiene,
Y si se quisiesen los dos, le parece que perdería a Josefina y a
José Armas, ¿no le parece?; no, a José Armas no le parece que eso sea así;
bueno, es tonto eso, pero así es como piensa; sí, sí, a veces se piensan
loqueras así... Apúrate, que ya están formando para ir a comer!...

17

-Rosa, ¿estás ahí?...

-Sí...

-Ya es tarde, está oscureciendo... !!Y usted qué hace aquí!!

-Y yo, ¿por qué no puedo estar aquí, conversando?

-¿!Conversando?!... !Y usted acostumbra conversar con las mujeres desnudito en pelota, no!... !Usted es un sinvergüenza!...

-No grites, Josefina...

-!Y tú otra sinvergüenza igual!... Ya me lo olía yo por la forma en que este....puto ha salido después de comer; ya me lo estaba oliendo yo...

!Sálgase de aquí, cochino!... Váyase de esta casa, !cuanto antes!, váyase... !Pero por qué será que nunca podemos salir de abajo, de la porquería!... !Por qué será que le escupen a la cara o que le botan a uno la mierda desde cualquier lado, desde todas partes, por qué!...

-Josefina.... Josefina...

-No me hables; tú eres una cochina igual que él; no tienes vergüenza, no tienes nada... ¿oíste, hermana?... No tienes nada. ¡Nada! Y me das asco y me das pena y me das todo, ¿sabes?. Y no sé qué hacer...

!Si se entera Aquiles de esto!...

-¿Qué le has dicho?

-Nada, no le he dicho nada. Y no me hables...

-No llores, Josefina, mujer...

-No, no me hables. Vístete y sal. ¡Y ese hombre no duerme esta noche aquí!...

-Bueno, está bien; yo le consigo otra cosa; pero ahora cállate, ¿quieres?, y no digas nada de esto a Aquiles...

-No me hables, te digo; y vete cuanto antes; déjame llorar sola.

-Que Robertico no te vea llorar.

-!Ah, no quieres que Robertico me vea llorar!... !¿Qué quieres que vea Robertico en la casa, eh?!... !¿Quieres que Robertico te vea a tí?!...

-Bueno Rosa, yo me voy...

-!Que lo lleve el diablo!... !Y no aparezca más por aquí, que lo denuncio!...

!¿Me oyó?!... !Yo lo denuncio!...

-Cállate, que ya se fue...

-Sí, y vete tú también...

-¿Qué pasa, Josefinita?

-Nada, hijo que me he hecho daño aquí, en la mano...

-¿Y estás brava por eso?

-Bueno, me he puesto brava, sin razón...

-¿A ver la mano?

-Ahí no se ve nada...

-No, es que ha sido un golpe, ¿sabes?...

-¿Aquiles no te ha dicho nada para mí?

-Sí, Robertico; me ha dicho que no deje de llevarte el jueves, ¿sabes?, que quiere jugar contigo.

-Yo quiero ir también.

-Ya vendrás conmigo.

-¿Puedo ir a jugar otra vez?

-Sí; pero dentro de diez minutos te vienes, que tenemos que comer; ¿oíste?

-Sí...

-¿No vas a esperar que yo ponga algo de comer?

-No, voy a salir; yo como algo por ahí; pero no llores, hermana, no llores...

-Vete, vete... que quiero quedarme sola...

18

!Por fin, consiguió meterse en el autobús!... El apuro estaba en la mucha gente que hay a esta hora, con las visitas, a pesar de que ella ha salido hoy más temprano; pero sobre todo es la carrera, que la gente no quiere dar tiempo al tiempo, porque todos quieren montar, y por el mismo hueco, a la vez, y a así ese tiempo se pierde, se bota por nada, y se lastiman unos a otros sin necesidad, y así también gozan los cerdós, !porque son de ver esos ojos de estar vaciándose en pleno autobús!; le duele sobre todo por el pequeño, que parece que no ve, que no se da cuenta, y registra !todito!, de pasar días y recordarle a ella el muchachito un gesto de alguien, una mirada, cualquier cosa que le dijo un hombre al pasar, !todo!, como lo de hoy con el desvergonzado del portón, que hay algunos que son decentes, y hasta finos, !porque el señor Ramírez es gente!, pero este Arias que llaman El Chino, que tenía, y tiene, unos ojos pequeños, como dos metricas, y con una luz que le resbala

como moco, que a veces parece tieso como una vara de medir y lo que es es un piojo, una garrapata que se le pega a una con el sólo mirar y le entra en ganas de rascarse; visto de lejos, desde la cola, parece una estatua de piedra amarillosa, de hombre serio como debe ser el de una estatua... ¡Y este tipo que le está arrimando la rodilla no sabe que se puede voltear y pegarle una carterada en la nariz!, y que ahora se está haciendo el loco, que no la ve; se está sintiendo mucha calor, y sobre todo para Robertico, que no puede despegar la cabeza de entre ese fondillo de la vieja y el asiento, que es una esquina de metal puyúa que le puede lastimar la cara: "señora, haga el favor y no me le reviente la cabeza al muchachito...", "¡ah, pues, doñita, y yo qué hago, si se me viene encima ese mundo...!, ¿no ve?..."; y es verdad; y hiede este bus a pescado, a pescado malo, que será que alguien lo lleva en un paquete o la peste es de alguien que es vieja y le hieden así las piernas... Y hoy se vino ella temprano, para salir antes, ¡y le tocó premio con ese Arias!, lo tuvo delante casi una hora, y lo vino a conocer completo cuando contestaba a las mujeres que le preguntaban la hora, por la comida que podían pasar y otras cosas que preguntan las madres y las hermanas al que tiene la llave de donde están guardados sus hijos y sus hermanos, que esto, la importancia, es lo que lo hace crecer al Chino, chinito por los ojos y por el pellejo, que lo tiene amarilloso y tieso, como de cuero viejo, y abre su boca, dentón, para escupir las palabras con la baba; no siempre fue así, que cuando llegó aquel carro con un señor catire dentro, Arias se le adelantó nervioso y le saludó con la mano subida al sombrero y bajando la cabeza, "perdió el culo abriéndole la puerta y sonriéndole con esos dientes verdosos!... "Robertico, mira que si se baja esa señora en la parada te sientas tú, ¡oíste!"... es que ella vio moverse a la mujer como para despegar del asiento, "¡ves que se está levantando!, apúrate..."; ¡no, y es que se le iba a adelantar este grandulón!... ¡y que no saben frenar en este bus!, ¡la acaban de montar sobre casi el cogote

de la viejita: "usted perdona, señora", "¡pero si yo sé que no es usted, m'hija, sino ese chofer que maneja este aparato como si fuese una gandola!"... la vieja que baja, y el muchachito que se sienta, por fin, y dice a Josefina que se sienta ella en el asiento, porque él se le puede sentar en las rodillas, que el muchacho es vivo, y también es verdad, y así se hace; ya se puede fijar ella ahora en las caras y verle al viejo que está sentado al lado este aparato de sordo en la oreja que a ella le parecía antes un **zarcillo**; la peste sigue ahí... Arias sabe abrir la boca como quien abre un grifo y salpica diciendo: "¿usted es casada?", y explica luego que era por el muchachito, ¡quién va a creer que Robertico es hijo suyo!; a ver si el que estaba adentro era algo suyo, que si estaba ella trabajando, que si podía ayudarla él en algo, ¡el intrépido!, y con esos labios salivosos y con esas aletas de la nariz moviéndose como si se fuesen a despegar... le recordaba al tío Raúl cuando llegó una vez en la noche y se le acercó a Rosa, dormida a su lado, y la tocó despacio, para despertarla, y luego le enseñó lo que le había traído, un sostén negro, y se lo probó allá mismo, subiéndose ella, Rosa, el camisón con su mano y dejándole que le agarrase él, ¡pringoso!, los pechos y los metiese uno después del otro en los huecos, y ella, Josefina, haciéndose la dormida, pero viéndole al tío Raúl aquellos ojos de moco y sangre y los labios mojados de la baba, que luego se los puso a ella en la boca, aunque Rosa le dijo que no, que podía despertar a su hermana... Y ella esperando en esa cola, y con aquel calorón, porque no se podía mover, porque podía perder su puesto, y pasaba la gente y quedaba viéndoles con la curiosidad, y la malicia, que era una gente que venía a pasar la tarde bañándose en el pozo que está un poco más abajo que los chorros mismos, y no sabe ella de dónde sale tanta gente que no hace nada, y había otros también que se iban sumando con su paquetico de periódico en la mano a la ya larga cola de gente pegada al muro encendido de sol, con su cresta de vidrios rotos prendido y azuloso, como de estarse fundiendo, y su corona de alambre de púa, tres hilos con sus nudos blancos de la luz; y el Chino Arias siempre

delante con esa su engañosa compostura de estatua mirándole desde sus metras, no en los ojos, porque ahí los hubiese podido aguantar mejor, sino a la altura de los pechos y como bajándole luego por la falda, que a ella le provocaban ascos, como de estarle bajando un agua sucia por las piernas; Robertico, cansado, se le iba a sentar a veces en la entrada misma de la portería, y Arias le sonreía con el aire de estar haciendo a ella un favor, o se iba el muchachito a revisar la cola y contar las mujeres, porque apenas llegan hombres a las visitas, o se le pegaba a las faldas, que son, era verdad, de las que no llegan a la rodilla, y no porque ella no quiso, sino que era un vestido de Rosa, blanco, arreglado con las propias manos de Josefina; ceñido, porque así le llegó de su hermana, aunque sin el escote, que Josefina lo tapó con una pechera azul marino; a veces se sentía incómoda dentro de este vestido, como esta tarde, y acaso no era el de visitar a un hermano en la Casa de Observación, pero hoy había sentido la necesidad de ponerlo, por algo, por ser mujer, y ya iba siendo la hora, porque Arias se estaba preparando a abrir la puerta, que fue cuando a ella le hizo aquella seña pringosa de que pasase, y Josefina saltó como un resorte cuando le agarró él del brazo y para que no tropezase en el bajero del portillo de hierro, y llamó, asustada, a Robertico, que ya él corría entre los mangos buscando a su hermano...; Josefina se sintió más segura dentro, y miró por Aquiles, que debía estar esperándolos... Le hacen daño los ojos por la candela de los reflejos, que son como fuegos que le disparan desde los vidrios, desde los metales candentes de los carros, desde las puntas de las antenas, y más cuando los nervios están como de vidrio partido como hoy, por la espera frente al Chino-sucio y por lo que tuvo que esconder a Aquiles esta tarde, y por los alaridos de los frenos debajo mismo de donde tiene ella los pies, que es como si alguien le estuviese viendo las piernas con la voz de gritar, y una vibración de estarle arañando las plantas de los pies, y los brincos, que estos resortes del asiento ya no ceden, ¡se clavan!, y con el peso de Robertico, más... Parece mentira, pero Josefina se

siente bien dentro de aquella Casa; por la tranquilidad, por el silencio; será por eso, y no sabe por qué más, acaso porque siente a su hermano protegido allá dentro; ella libre de unos pesos que la mortifican; besó a Aquiles, quien no acertaba nunca a devolverle la señal de quererlo, y avanzaron entre los mangos y la Plaza de la Reja, y le empezó a decir ella, sonriendo, que hoy tenía que irse un poco más temprano; ¡¿por qué?!, y es que Aquiles tiene una forma brusca de decir cuando cree él que lo han tocado, que es como si diese una vuelta de carnero entera en el aire; ¿por qué?; porque sí, tenía que hacer ella una diligencia; él se calló, y pasó la mano por la ya revuelta cabellera de Robertico, y allá venía José Armas, ¡y con flores!; Robertico se soltó de la mano de su hermano y corrió; Josefina vio venir a José Armas y no dijo nada; fue Aquiles el que le dijo: "son para tí"; "¡¿para ella?!"...; Aquiles le dijo que José Armas le había estado hablando de ella; Josefina le dijo que a ver por qué...; y ya estaba llegando José Armas, y no parecía muy solemne, lo estaba viendo todavía, sino que le ofreció las flores como quien entrega un paquete, y ella no supo en ese momento qué hacer, si reírse de José Armas o hacer el papel mojado de una reina de barrio, y se decidió por sonreír con la mayor naturalidad, que es lo más forzado que ella pudo hacer por dentro, aunque la verdad es que estaba tan nerviosa en ese momento como si le estuviesen dando un gran premio; era de verdad que todos habían sentido que había pasado algo, ella tuvo esa sensación, porque no se rieron, y hasta Robertico le agarró a Josefina la mano y la miró en los ojos; un milagro; ¡y ella con aquel ahogo por dentro!; "dile que te gustan", le dijo Aquiles; "claro que me gustan, gracias, José"; y él, José mismo, es el que parecía estar más en su sitio: "es que siempre se regresa usted sin nada", le dijo; Josefina miró las rosas y dijo que eran muy bonitas, y a ver si no le iban a regañar por eso, por cortarlas, porque eran cortadas allá misma, ¿no?; Aquiles dijo que sí, y que no se preocupase, porque José Armas se las había pedido al maestro por la mañana; a Josefina le gustó que José Armas pensase

en eso desde por la mañana, y ¡ya todo el mundo se estaba cansando de estar viendo las flores!; fue Robertico el que dijo que quería ir a jugar pelota con Aquiles.

Y se fueron.

José Armas avanzó hacia el banco que está debajo de la trinitaria morada del rincón, sin decir nada, como dueño de aquel momento, y ella dijo que eran las primeras flores que le habían regalado en la vida y que era la primera vez que habría flores en la casa; ¿nunca se había llevado flores a la casa antes?; nunca; ¿por qué?; y ahora que lo piensa en el autobús, Josefina se dice que cómo podía ver José Armas flores en la casa de nadie con aquella naturalidad si nunca tuvo siquiera una casa de él; pero así son las cosas, y preguntó: ¿por qué?; José Armas esperó a que ella se sentase en el banco, y luego se sentó él, sin que pareciese que estaban juntos, y esperó un rato para saber por qué no se había llevado unas flores a su casa, ¿no le gustaban?; sí, le gustaban, y no sabe ella por qué le parece que es demasiado tener flores en la casa; "y éstas sí irán a la casa?"; ¡claro!... Josefina se está dando cuenta de que el bus está entrando a Sabana Grande... Le había salido aquella exclamación frente a José Armas casi sin querer, y él le dijo que le daba mucho gusto oírle decir eso; entonces Josefina se puso a hablar, acaso demasiado, pero es que estaba así, como mareada; que era porque él le había recogido las flores para eso, ¿no?; él dijo que era verdad, pero que "en esta vida", así dijo él, "en esta vida no se consigue todo lo que se quiere"; ella le dijo que ya sabe que él, José Armas, ha tenido poco, pero por poquito más que haya vivido ella que él, tiene que decirle que las cosas no llegan solas o llegan así muy pocas veces, que siempre hay que comenzar con las ganas, queriéndolas de veras, y que luego hay que trabajar, y muy duro, y que algunas veces se consiguen...; "puede ser", dijo él; ella le preguntó que qué había sabido de su mamá; y Josefina sintió a José Armas trancado por dentro; ella insistió con cuidado y él fue soltando como uno nudos: que no había sabido nada más, que ella ya no era nada de él, que nunca se había ocupado de sus cosas; ¿pero era su mamá, ¿no!?!; sí, había

nacido de ella, pero eso, al parecer, no era bastante; ¿y no le llegaba nadie, ni tía, ni...?; ¡no, no!; Josefina lo vio mirando el suelo (que era una tierra roja con una piedrita menuda y muy espaciada) y lejos de ella, y entonces se le acercó ella un poco en el banco y le dijo que no sólo él tiene problemas y porque está solo, sino que también se tienen problemas cuando se tiene alguien cerca, y Josefina pensó que decir un secreto a José Armas ahora le iba a ayudar, y, efectivamente, José Armas se le acercó, sin siquiera moverse, con sólo la mirada, y Josefina le fue explicando que hoy debería decirle algo duro a Aquiles, pero que no se atrevía; José Armas le preguntó que qué pasaba; ella tenía que salir hoy más temprano que otras veces, y quería que él, José Armas, supiese por qué, ¡no fuera a creer él que el día que le regala unas flores se va antes que otras veces!; y José Armas todavía esperando; ella le preguntó si le podía guardar un secreto; ¡claro que sí!, se apresuró a decir él; se trataba de Villanueva, y ella se fijó en la cara que puso José Armas: "¡Villanueva!"...; sí, y su hermana Rosa; ¡y qué hacía Villanueva ahí!; Josefina vio que Aquiles no había dicho nada a su amigo, y le contó que cuando regresó de la visita el otro día los encontró juntos; ¡José Armas se puso en pie, sin siquiera moverse, de sólo el estirón de la sorpresa; Josefina tuvo que contarle la historia, y se quedó viendo a José Armas, para verse en aquella sorpresa: ¡ese tipo es peligroso!"; ella sabe eso, y ¿qué hace?, llega a la casa y lo consigue desnudo...; ¡¡desnudo!!...; sí, y "¡que no lo sepa Aquiles, por Dios!", le dijo ella; José Armas le aseguró que no, y preguntó a Josefina que qué hizo ella entonces; Josefina le contó en voz apagada por la pena, ya casi llorando, porque no puso contenerse, que todo aquello era una vergüenza, ¿se da cuenta él ahora por qué no se le había ocurrido llevar flores para la casa?; José Armas, que no habrá visto más flores en la casa que en alguna película, aunque seguramente él ha vivido cuantos de veces en esas películas, dice que sí, pero que no debe verle llorar Aquiles, porque es capaz de irse de la casa, y Josefina le oyó decir bajito: "no llores, Josefina, ¿no me oyes?"; ella sí le había oído; él

dijo luego, mientras se secaba ella los ojos, que así tenían ya algo para ellos dos sólo, y preguntó a Josefina que qué iba a hacer ella entonces; ella supone que ya Villanueva y Rosa andan juntos por fuera, porque ella hasta se había llevado una ropa de la casa y había dicho que Jesús (no "Villanueva", ni "Jesús Villanueva", sino "Jesús") no regresaría más a la casa; "¿Rosa viene a la casa a dormir?"; Rosa ha venido siempre muy tarde en la madrugada, y estos días seguía viniendo igual, pero eso es para taparse de eso, ella la conoce bien, y Josefina se ha dado cuenta de que José Armas no se atreve a decir más, y ella sí dijo: que está decidida a que Rosa se fuese de la casa de una vez; José Armas ~~mu~~do todavía; ella le dijo entonces, como alumbrada por un rayo, que, ¡por favor, no lo fuese a denunciar!; José dice que por qué no; por su hermana, por Rosa, ¡que es su hermana!, y, sobre todo, por Aquiles, ¿comprendía?; sí; pero José Armas se trancó entonces; Josefina le pidió que le prometiese que no iba a denunciarlo a menos que ella se lo pidiese; José Armas dijo que estaba bien; ella se quedó así más tranquila; bueno; Josefina le dijo que hubiese conseguido una ocupación como muchacha de servicio, pero ¿qué hacía con Robertico?; claro; ella tenía que conseguirse algo que le permitiese tener a su hermanito en la casa, y eso estaba difícil... ¡y ya tenía que irse, porque tenía que llegar antes de que cerrasen la Agencia!, y recogió las flores, que las había dejaso sobre el banco, y se levantó; José Armas no dijo nada sino que se levantó también y se le adelantó un poco a buscar a Aquiles; miró atrás, todavía lo está viendo, y le preguntó si regresaría ella el jueves; Josefina se le sonrió y le dijo que sí, y se quedó esperando a que sus dos hermanos bajasen con José Armas desde el campo deportivo... ¡Y qué hará este bus estacionado aquí y el chofer conversando con esa mujer, y todos los pasajeros calientes del sol y de la arrechera de verle reír al loco del chofer las gracias de la mujercita como si estuviese aparcado en un estacionamiento, sin los paquetes que carga en este perol, que son ellos montados en este bus caliente y hediondo a pescado... Y así llegó primero Robertico, corriendo, y luego preguntó Aquiles

les que por qué el apuro; ella le dijo que ya le había advertido al llegar, que tenía una diligencia que hacer, y que otro día estaría más tiempo, y a ver qué quería él que le trajese; Aquiles le dijo, un poco molesto, que no les hace falta nada; "vente tú y tráete a Robertico, es bastante", dijo todavía José Armas; lo que faltó para que Aquiles saltara: "¡ah, pues, ¿ustedes como que se tutean?!"...; Josefina no supo qué decir y miró a José Armas, sólo para verle la cara, y José Armas dijo como si nada: "¿y por qué no?"; y entonces Aquiles se rió y dijo: "no, no, por nada"... ¡Por fin arrancó este perol!, y no le falta más que dos pa radas... Y ya a todo esto seguían avanzando los cuatro, y estaban cerca del portón, y Josefina, ella, se adelantó para dar un beso a Aquiles, y le dijo: "bueno, nos vamos, y aprendan ustedes dos mucho en la escuela, como Robertico", y ella dio su mano a José Armas, y él se la estrechó muy duro, tanto que aún le está doliendo el dedo pequeño y salieron; al pasar por el portón Josefina vio que el Chino Arias la miraba apuradamente, porque estaba escribiendo algo sobre la mesa, y ella apretó el paso, arrastrando a Robertico... ¡Ya es hora de que llegemos a alguna parte!...

Rosa está en la cama; desnuda; y llega Villanueva, bebiéndose un vaso de agua mientras camina, desnudo también; se sienta al borde de la cama, y dice a Rosa; "yo tenía un dinero, Rosa, ¿sabes?"...; ¡dinero!... ¡cómo va a tener dinero Jesús, de dónde!; Jesús Villanueva le dice que sí, y se bebe el resto del agua, y deja el vaso en el suelo, debajo de la cama, que es una cama de hierro, pintada de negro, con grandes dibujos muy recargados, que es todo lo que hay en la habitación aparte de un baúl marrón con herrajes de lata amarilla y una silla donde están desmoronados los pantalones y la camisa de Villanueva; y, entonces, Villanueva, que se ha bebido el agua, se acerca a Rosa y le enfrenta sus ojos a los de ella, y le dice: "sí, dinero; ¿no te dijo tu hermano que yo tenía dinero escondido?"; Rosa le dice que no, que ella no sabe de eso, porque su hermano no le ha dicho nada tampoco; ¿seguro que no le ha dicho nada Aquiles del dinero que tenía escondido fuera?; no, no le ha dicho nada de eso, y, de veras, ¿por qué le dijo él nada a Aquiles sabiendo que se lo

podía quitar?; Villanueva dice tener sus razones, y se ríe maliciosamente; ¿por qué?, y Rosa se impacienta; porque sí, porque su hermano Aquiles y él se arreglaban bien, porque se... veían y se hablaban a solas, ¿sabe eso Rosa?... pues sí, y si no, ¿cómo le pudo decir nada de la huida, si no tenía esa confianza con Aquiles y no le apreciaba de verdad, ah?...; pero Rosa, que no sabe cómo interpretar las insinuaciones de Villanueva insiste todavía a ver por qué tenía que decirle nada del dinero a su hermano, que ahora Aquiles se va a complicar con eso también; Villanueva se ríe y le pasa una mano por el muslo, debajo de la sábana, con indiferencia, como quien acaricia a un animal, y le dice que no, que Aquiles no tiene nada que ver en lo de la plata, porque no le dijo ni dónde la había puesto, sino que era pura curiosidad, curiosidad por saber si ella, Rosa, le estaba dando el cuerpo a él por la plata; a Rosa le brincan dos luces sobre los ojos, y se deja rodar debajo de la sábana para escaparse de las manos grandes de Villanueva, y llega hasta el borde, y se queda allá, con los dientes apretados; Villanueva se desliza lentamente sobre la cama y le dice que no, que se lo ha dicho sólo por juego, que él sabe que ella y Aquiles no se cuentan las cosas, que eso, quien puede saber es Josefina, pero Josefina, ¿no le ha dicho nada tampoco?; no, no le ha dicho nada Josefina, ni ella sabe nada de lo que le está diciendo del dinero, y si ella se fue con él; ¿fue por compasión!, no por dinero ni por gusto, ¡sino por lástima!; Villanueva, está ya cerca de Rosa y le quita la sábana que la cubre, y él trata de besarla en la boca, y ella no quiere, y así forcejean un rato; "no te pongas así, mi animalito"- le dice Villanueva mientras le sujeta a Rosa

los brazos- "era por probarte, nada más, y quiero decirte algo que no te había dicho antes, pero que necesito que sepas, y es que tengo escondido un dinero"; ella no lo mira; él insiste en besarla en la boca, y ella, al ver los labios cerca le escupe; ¡ah!... ¡también ella es brava, así, como él!... le gusta, le gusta a Villanueva que su novia, su mujer, sea así también, y le va soltando los brazo, y se levanta, y vuelve a cubrir a Rosa con la sábana, mientras ella se tapa la cara con los brazos; y él, Villanueva, entonces se sienta en el borde de la cama y le habla cariñosamente, en un tono que nadie, al verlo, podría imaginarse que pudiera salir de aquel bruto; que él estaba seguro de que ella era así, brava y valiente y entera con él, que la quería por eso, que ahora, al conocerla mejor, la quería más; ella no se movió, ni dijo nada, pero ya no rechazó la manaza de Villanueva, sino que la dejó correr por sus brazos y por su cuello, y luego, cuando él la forzó a levantar la cabeza, ya sus ojos estaban más apagados y sus labios más separados y la frente menos dura, y siguió hablándole tiernamente para explicarle que estaba preocupado porque él había hablado de ese dinero a un amigo y que el dinero no estaba ahora allá; ¿a qué amigo le dijo eso?; no, Villanueva tranquiliza a Rosa, su hermano no sabe siquiera dónde estaba el dinero; ¿y por qué, ¡tonto de él!, dijo a nadie dónde estaba escondido el dinero?; ya Rosa ha volteado la cabeza hacia donde está la de Villanueva, que se ha echado en la cama, mirando al techo de asbesto, y lo ve preocupado; es ella la que se acerca ahora y le pone la mano en el pecho, que es amplio y velludo, y, mientras juega ensortijándose un vello en un dedo, le dice que es muy zoquete, que es grande pero zoquete...; ¿por qué?; porque sí, porque a nadie,

ni al más amigo, se le dice dónde tiene uno escondido el dinero, ¿no sabe eso?; él sí sabe eso, pero tuvo que arriesgarse, porque estaba metido en aquella Casa de Observación, sin un centavo, y le llegó un amigo, ¡un hermano!, a visitarlo, un hombre a quien le hubiese confiado cualquier cosa que quisiese él mucho...; a ella, ¿le dejaría él, Jesús, a ella en manos de ese gran amigo durante una noche, por la confianza, ¡ah!?! Jesús Villanueva dice que no, que a ella no la dejaría con nadie, porque la quiere demasiado, y le pone su mano grande sobre la suya, y le cruza los dedos; entonces, le dice Rosa otra vez que ¿por qué se puso él a poner tanto dinero en manos de alguien, por bien que piense de esa persona?; Villanueva le dice que tuvo que confiar en alguien y que confió en Aureliano, y le dijo que le trajese de aquellos cinco mil que tenía escondidos sólo quinientos, y que él, Aureliano, se cogiese otros quinientos, y que dejase escondidos en cualquier parte segura los cuatro mil restantes; ¿y le trajo la plata?; no, no le había traído nada ¡por eso se había escapado!, y eso lo sabía Aquiles también; ¿qué iba a hacer ahora?, y Rosa estaba ahora casi sentada junto a Villanueva, ¿por qué, en lugar de eso, no había pedido prestado un dinero a ese buenísimo amigo que tenía él?; no, prestado no podía darle nada Aureliano, que era como su hermano, pero no tenía un centavo; entonces, y salta la lógica femenina, ¿cómo va a poner un bocado así al alcance de un hambriento, ah!; Villanueva se da cuenta ahora de que fue una estupidez, pero entonces, cuando la cometió, parecía una buena solución, como hay tantas cosas que parecen buenas y se tuercen, ¿no?; Rosa se da cuenta que sí, que a cualquiera le sale mal una cosa, y dice a su hombre que no se apure, que a él no le está faltando nada... ¿o sí?... y un pecho de Rosa está sobre los labios

grandes y golosos de Villanueva; pero Villanueva tiene la vista guindada de una vigueta del techo, y dice entre dientes que ¡a ese coño lo va a matar!...; ¿Villanueva había ido a buscar a ese hombre?; sí, había ido, vivía encima de la cota novecientos cinco, arriba, y le había salido su mamá, y le dijo que su hijo estaba en un viaje a Ciudad Bolívar, que hacía como un mes que no entraba a la casa; ¿preguntó Villanueva a la señora si sabía dónde estaba en Ciudad Bolívar?; no; ¿no?... ¿no estaría la señora comprometida con su hijo en todo esto?... ¿no estaría su hijo en Caracas, comiéndose los reales que había robado a Villanueva?; esa insinuación de Rosa la tenía viva él antes de que se lo dijese ella, porque era posible que Aureliano anduviese por aquí, y no de viaje, como dice su vieja, pero él creía que ella, la mamá de Aureliano, no sabía nada; ¿nada?; no, ¿por qué iba a conocer ella todas la vagabunderías de su hijo?; "entonces- le dice Rosa, mitad enfadada mitad festiva- cuando no tuvistes qué comer y dónde dormir te acercastes de mí, ¿fue eso, no?"; Villanueva sabía que era el contra-ataque, y ahora tenía que hacerse el ofendido él, porque sabía cómo manejar a las mujeres como Rosa, y se hizo el indignado y se levantó y comenzó a vertirse los pantalones, diciendo que si eso era lo que creía ella, él se iba para siempre y no le iba a estorbar; Rosa saltó de la cama y se abrazó a él, de forma que no podía subirse los pantalones, y forcejeó un rato ella, porque a él le bastaba estar quieto, y Rosa protestó por todo, porque ella se lo había dicho sólo para reírse de él un poco, para romperle aquel cejo que cuando lo ponía le daba a ella miedo, ella sabía que él la quería de verdad y que ella lo aceptaba así, como era, con todas... sus cosas, porque él sabía que ella

era igual que él, que los dos eran lo mismo, y que ¿por qué iban a quejarse de nada si tenían dos cuerpos hermosos para quererse y estar juntos en una cama y eso era lo único barato que podían permitir los pobres, y que tampoco les faltaba de comer y no habían tenido nunca que ir a un médico por un catarro, ¿¿qué más podían ellos pedir a nadie, ah?!; Villanueva ya se estaba riendo, y dejó caer sus pantalones al suelo y se sacó de ellos, uno detrás de otros los dos pies, y levantó a Rosa en brazos y la dejó sobre la cama, y se sentó él a su lado y puso las dos manos detrás del codo de Rosa y le dijo que a ella no la había olvidado él desde que la vio en la Casa de Observación, cuando fue a declarar sobre su hermano, y que ella podía estar segura de que eso era verdad y que la quería para siempre, ¿no sabía ella eso, no estaba segura?; Rosa le dice que sí, que no fuese tonto, que ella no tenía nada malo que decir de él ni queja alguna de él tampoco; y él la soltó un rato y se afanó en extender la sábana sobre el cuerpo de Rosa y en meter el borde que daba a los pies debajo del colchón, y entonces se metió él dentro, y se taparon las cabezas, y se quisieron otra vez, lentamente; luego, cuando terminaron ella quiso levantarse, porque tenía que salir; ¿a qué?; y ¿qué iban a comer, y cómo iban a pagar el alquiler, ¿ah?!; era verdad, y Villanueva la dejó salir de debajo de la sábana y vio a Rosa meterse en el baño, donde tenía la costumbre de desnudarse y de vestirse ella, nunca en la habitación delante de nadie, sino en el baño, sola, ¡era un capricho!, y entonces se acordó de algo, que no era nuevo, pero que le regresaba de vez en cuando, y llamó a Rosa, "¡Rosa!", y le dijo a gritos que él no quería que ella siguiese en aquella vida, que le daban celos los hombres que se acostaban con ella todos los días, aunque sea por un rato, preguntó si había alguno que venía seguido con ella, insistiendo en buscarla

todos los días; ella le gritó que no, que no fuese tonto, que lo que pasaba por allá era gente nueva con ganas de salirse de eso, de quitarse del cuerpo cuanto antes las ganas de estar con una mujer y de irse luego a beber; ¿cómo qué eran esos hombres, cómo eran?; eran... ¿él no había ido nunca a casa de la zuliana, no?; no; pues ahí lo que iban eran camioneros de Quinta Crespo y algunos muchachos...; ¿muchachos?; sí, llegaban muchachos que no sabían ni cómo tienen que hacer, ja, ja; y ¿no le gustaba ninguno?; a ella no le gustaban los muchachos que no saben qué hacer con ella, a ella le gusta sólo un hombre, Jesús, ¿no se ha dado cuenta de eso?; Villanueva se queda/callado; ¿qué, no habla Villanueva, se quedó mudo el pobrecito?, y Rosa se le acerca a la cama mientras se está peinando en combinación, y le dice que está bien, que los celos a ella le gustan, los celos del hombre que ella quiere le gustan mucho, pero ellos necesitan comer mañana, ¿no?, y... ¿todavía, si hubiese podido recuperar el dinero que había escondido, hubiesen podido pensar en otra cosa durante un tiempo!; pero no!, y, además, tiene que dar de comer a Josefina y a Robertico, ¿no?; sí, y Josefina sí habrá ido a ver a Aquiles; sí, claro, y Josefina está segura de que ella basta para atender a su hermano, porque ella va siempre; Villanueva se inquieta, y pregunta a Rosa a ver si Josefina habrá dicho a Aquiles que ya están viviendo ellos dos solos..; Rosa lo tranquiliza, porque ella está segura de que no; ¿por qué está ella tan segura?; segura-segura no está Rosa, pero ella conoce a su hermana, y ella sabe que Josefina se está tragando todo ella sola; Villanueva le dice entonces que Josefina parece muy seria...; sí y no se parecía a ella, ¿no?; Villanueva le dice que no, ¿que Josefina era más fea!...; Rosa siente las manos de Villanueva que está tumbado en la cama, subiéndose por sus muslos, y se aparta bruscamente y le dice que no,

¡que ella tiene que salir, y pregunta a Villanueva qué va a hacer él ahora; Villanueva le dice que va a cercarse por la casa de su amigo, a ver si lo ve; "¡no hagas ninguna locura!", le advierte con susto Rosa, y le dice que debiera hacerse la idea de que ese dinero se perdió, porque si no se iba a meter en líos y lo iban a agarrar, y ella no quisiera que lo agarrasen, ¡de verdad que no lo querría!, ¿entiende eso él?; sí entiende, pero podía quedarse tranquila ella porque nadie sabía la relación que había entre Aureliano y él, ¿no comprendía eso?; sí comprendía eso, en parte, pero ella iba más lejos que él, porque ¿no fue él, Villanueva, a casa de la mamá de Aureliano y le preguntó por su hijo?; sí; y si la vieja sabía que Villanueva estaba fuera y lo andaba buscando, ¿no podía avisar a la policía, ¿él es zoquete?!; bueno..., sí, y es verdad que él no había pensado en toda esa complicación, pero él no creía que Aureliano podría llegar a eso, a denunciarlo para que lo agarrasen; ¿no?; no; ¿y cómo le había robado el dinero, pues, ¡ah!, y entonces tampoco pensó Villanueva en eso, no?... ¿y si le había quitado los reales, y hasta por eso mismo, ¿no le iría a ayudar a ponerlo preso?... ¿no entendía eso!?!; Villanueva se quedó pensando, y dijo a Rosa que ella, una mujer, podía tener esta vez razón; ella le dice que estaba segura de tenerla, y que anduviese con mucho cuidado, porque era un gafo; ¿gafo él?!; sí, porque confiaba demasiado en la gente; no, si ya lo tenía pensado él todo, no lo fuese a creer; ¡tampoco era la cosa así!, pero a ese hombre lo tenía que buscar, de cualquier manera, con cuidado, pero de cualquier manera como se fuese a plantear la cosa, y le devolvía la plata o ¡le reventaba la cabeza contra un muro!...; "¡y te consigues más problemas, Jesús"- le

FIDELITY BOND
25% COTTON
MADE IN U.S.A.

dice Rosa; ¡qué más daba un problema más!; si importaba, porque ahora no era él sólo sino estaba también ella.... y ¡quién sabe si hasta podía estar un hijo!; ¡¡un hijo!!?; no, ella no lo sabía, pero eso era decir por decir, porque podía haber un hijo también, ¿no?; ¿¡un hijo de.. quién?!; ¿de quién?, de él; ¿y... cómo sabía ella que era de él, si lo tenía?; ella lo sabía porque ella conocía sus trucos y lo podía hacer, a voluntad, ¿no sabía él eso?; no, él no sabía eso, y le preocupaba ahora, que podía venirle un hijo, ¿¡seguro?!; podría ser, y ¿le gustaría a Jesús, le gustaría?...; no sabe, también le daba miedo que un hijo se le viniese a atravesar ahora en todo eso, y que después viniese a ser lo que es él, ¿no le tenía Rosa miedo a eso?; no, porque Rosa sabía cómo hacer las cosas, y un hijo de él y de ella tendría lo que necesitase, ¿no le parece a él que eso podría resultar?; Villanueva no sabe, ¿qué va a saber?, no sabe qué podrían hacer los dos con un hijo pequeño....; pero Rosa se está riendo y le dice que eso no es más que una suposición, que ella tiene que irse ya y que le pide que no haga tonterías, que sea juicioso, y que no se acerque a ninguna otra mujer, ¿okey?; okey; ella tratará de venir temprano en la mañana; cuanto antes mejor; bueno.

20

Estaba haciendo una entrevista cuando lo llamaron por teléfono. Era de la policía judicial, y sobre Villanueva. Pero no era Villanueva sólo, sino que había matado a un hombre, y que la víctima no era un hombre cualquiera sino un amigo. Lo temía; él temía que Villanueva le saliese de esto con un muerto encima; y ojalá que fuese el único, porque ese muchacho andaba todavía suelto, como un tigre cebado... Entonces se dio cuenta que no estaba solo, solo con Villanueva en la cabezas, sino que estaba Luisito delante; Luisito Yanes, flaco, nervioso, quien con sólo doce años sabía de la vida más que un viejo; y Luisito lo estaba mirando, celando más bien, temeroso de que aquellas arrugas de la frente y aquel peso que había caído de pronto sobre los ojos del director fuesen culpa suya; él, que no había hecho sino estarse sentado, quieto, sin respirar apenas, delante del escritorio, respondiendo a sus preguntas; y ahora preguntando él con los ojos, sin decir palabra, pero el director le estaba diciendo que ya era bastante por este día, que todo es-

taba muy bien, que lo volvería a llamar al día siguiente, que se fuese tranquilo; y Luisito le dio las buenas tardes y se fue. Y sin embargo el director sabía que no, que el muchacho no estaba bien; ¡cómo iba a estarlo!; pero tenía que dar al muchacho esa esperanza; al menos era algo de lo que podía agarrarse en sus sueños, o en sus pesadillas; eso era mejor que ver a su padre forzando a su hermanita de diez años y oírse gritando, y ver que luego llegaba su mamá y que golpeaba y golpeaba a su papá con una sartén, hasta que su padre se levantó y comenzó a golpear a su madre y luego se fue de la casa, y mejor que oír contar después a su mamá, mientras lloraba y acariciaba a su hermanita, que ese hombre, que era su propio padre, era un bandido, y que no le había bastado hacer uso de Lucía y de Margot, que eran sus dos hermanas mayores, sino que ahora tenía que hacerlo también con la más pequeña; era mejor que ver eso en sueños, y verse después huído de su casa, pasándose los días perdido por la ciudad hasta que la policía lo consiguió robando con otros dos muchachos, una zapatería que queda debajo de los arcos de El Silencio. Ese era el Luisito al que acababa de darle un poco ^{de} aire para respirar, porque encontrar un poco de aire en ese túnel en que vivía Luisito era muy difícil; y a pesar de todo eso había que tener fe, y creer en el Dios que había hecho todo esto, y humillarse, y esforzarse en comprender que este mundo era el camino, no el albergue, y que cada uno de los hombres no era sino un eslabón brevísimo hacia algo, hacia un descanso que no sabía el hombre comprender todavía, una predestinación que alguien más lleno de Dios, como Teilhard de Chardin había logrado intuir, que era una forma divina de ver, y de lo que nadie que fuese sólo de este mundo podía estar seguro,

y que nadie, la verdad, estaba seguro de nada, pero que uno no tenía más remedio que creer en las luces, en los destellos, o en los simples vislumbres, cuando vivía en la oscuridad, y era posible que este dolor del hombre, visto desde más arriba de la muerte, fuese parte del proceso ahora incomprensible de la vida con un objeto superior; como había sido absurdo pensar en la transmisión de imágenes por televisión hasta hace poco, cuando se hizo la luz sobre las leyes físicas que lo permiten, siendo que esas leyes ya estaban presentes desde siempre en el medio físico en que vivía el hombre; y era eso, que uno estaba hablando de lo que no sabía; y que mientras no se supiese más de la vida, había que seguir aceptándola como un todo maravilloso, sin dejarnos encandilar por los descubrimientos de hoy; no para abandonar el esfuerzo de investigación científica, al contrario, para seguir buscando con las herramientas de la razón, pero sin desesperar de la posibilidad, de la probabilidad más bien, de un fin digno y coherente; de la misma manera como los niños saben creer en los pesados cohetes que pueden llevar al hombre a la luna, y al mismo tiempo siguen haciendo preguntas y siguen aprendiendo más, lo suficiente para hacer nuevas, y más inteligentes, preguntas, intuyendo que hay oculta una nueva verdad más distante y más completa...

Pero ahora se trataba de Villanueva, que ya ni había tiempo de separar a un muchacho de otro, porque le vivían varios juntos al mismo tiempo, y a veces no sabía quién era quién, y ponía el padre de uno en lugar del de otro, y le atribuía una mamá al que no tenía (como desgraciadamente no resultaba tan absurdo en la realidad, sino la simple verdad en la vida real) y ponía a robar a quien no había hecho más que dejarse llevar por un viejo a la habitación de un hotel, porque esa, la de seguir

comiendo, era una necesidad bastante estimulante; era eso, que uno estaba trastornado o el mundo estaba girando a lo loco, o si de veras estaba organizado, era una broma para dejar algunos arriba, flotando en aguas claras, y pescando para comer, y hasta paseándose tranquilamente en veleros, y para dejar caer a otros abajo, el fondo oscuro donde no llegaba la luz ni podía nadar los peces y donde sólo alcanzaban a llegar, hundidas, las basuras, las botellas de ron y de whisky rotas, los condones, y, por algún descuido, algún hijo que nadie quería; y ahora Villanueva estaba en apuros, y gordos; ya el amigo que mató no era de este mundo, y no podía alcanzarlo él, ni era esa la misión de un psiquiatra, y, en cambio, Villanueva no sólo estaba aquí, sino que le tocaba a él, le pesaba a él, como si fuese un hijo; porque en este mundo todos traemos de origen el instinto de hacer, de construir, mientras dure nuestro paso, una parte de ese todo del que formamos parte y que es la Vida, y que nos empuja y nos atropella hacia arriba, hacia la luz; tenía que llamar a la señora Aguado; y pisó un botón y habló solo, como si no hubiese nadie escuchando; pero alguien le oyó en lo desconocido, porque le contestó una voz de mujer con sello metálico, como en un milagro, y la voz le dijo que venía, que ya llegaba; eso era lo que estaba pensando el médico, el psiquiatra, cuando estaba operándose el fenómeno ya rutinario de la comunicación electrónica, y eso era lo que no hubiera podido comprender su abuelo, si hubiese estado presente en cuerpo (aunque es verdad que le vivía en la memoria, que era como tenerlo vivo cerca de él) en lugar de estar pudriéndose en la carne y en los huesos; estos eran los misterios; y el hombre seguiría, con impacencias, con descubrimientos que parecían definitivos y que todavía no eran sino

el comienzo de un nuevo camino del laberinto, buscando aquello que es real, que es definitivo, y que estaba en la vida misma, que estaba presente en el hombre, que lo vivía inconscientemente, y que tenía que tener un destino, porque todo tenía un punto de partida y otro de llegada, no acaso como lo concebíamos hoy, sino como tiene que ser en el cosmos, en la vida espiritual, porque éste que estábamos percibiendo era un plano de realidad a la medida del hombre a comienzos de su desarrollo, que tenía que ir abriéndose hacia otro, manadero y a la vez terminal marino de todas las cosas soñadas por el hombre...; pero aquí estaba la señora Aguado, sonriente, tranquila, sabiéndose viva y completa en sí misma, con sus dos hijos estudiando carreras en la Universidad, y con su esposo, aún joven, trabajando a sueldo desde siempre, desde que era un muchacho, sabiendo que no había nada más para él, ni nada más para su mujer, y que los que iban a tener más eran sus hijos, que ése era el premio, y ya sus hijos estaban teniendo aquello por lo que estaban pagando los dos desde que se hicieron uno, Amelia Aguado y él; y este mundo había que tomarlo así, como un balance constante y fresco, sin hipotecas inútiles del pasado y sin futuros demasiado lejanos y azarosos, como si la vida fuese un mapa en que sólo existiese aquello que uno mismo va dibujando al hacer; lo demás debería ser de Dios; no es que la señora Aguado fuese insensible al mundo de horror que se denunciaba en las carpetas de aquellos casos, y que afloraban vivos de los muchachos mismos en las entrevistas, porque ella era una trabajadora social muy responsable; pero esos eran mundos que ella veía como a través de un cristal protector, y seguramente nunca le estorbaron el sueño tranquilo que se transparentaba a través de aquellos ojos limpios y aquella su piel saludable propios de los que no viven

el desazonante fenómeno de pasar y repasar a voluntad, y muchas veces a pesar de ella, del ámbito de un mundo profesional y distante a otro más comprometido, más personal; pero ya hacía demasiado tiempo que la señora Aguado estaba delante, sin siquiera haberle devuelto el saludo, y eso, además de no ser cortés, podía confundir a la trabajadora social, y él estaba seguro de tener la cabeza bien puesta para este trabajo.

En cuanto supo lo de Villanueva, la señora Aguado se horrorizó, y se contuvo, porque no era cosa de hacer una escena delante del director; pero sí dijo que cómo podía aquel muchacho con el que ella había hablado tantas veces, un muchacho que le había jurado estar tan arrepentido, hacer una cosa parecida. Así era. ¡Así era, pero ella no lo podía creer! Bueno, lo que era cierto es que Villanueva había matado a un amigo suyo en uno de esos ranchitos de la Cota Novecientos Cinco.... ¡Ese lugar era un horror!... ¿lo agarraron? No, no lo habían apresado aún. ¿Y cómo supieron que era él? Lo acababa de declarar la mamá del muerto, porque parece que había venido varias veces a buscarlo a la casa... ¿Villanueva?, Villanueva; y ella, por instrucciones de su hijo, le había dicho siempre que no estaba, que estaba viajando al interior; pero decía la policía que Villanueva lo había estado celando, cerca de la casa, y este mediodía entró al ranchito junto con él, y dentro, delante de la mamá del muchacho, le clavó la navaja en la barriga.... ¡Horrible!... Así era. ¿Y por qué lo mataría? La mamá del joven muerto decía que Villanueva venía reclamando a su hijo un dinero; parece ser que Villanueva guardaba cinco mil bolívares de un robo, y que mientras estuvo en la Ca-

sa, ese amigo, un tal Aureliano Ramírez, lo visitó, y Villanueva, que necesitaba de unos reales para sus cosas, le dijo

dónde tenía escondida la plata, y había pedido a su amigo que se la trajese. Entonces era amigo de mucha confianza... Sí, y dicen que eran como hermanos, andaban juntos en todo, y hasta se suponía que habían estado en el asalto al Banco juntos. ¿Lo había dicho la mamá del muerto?. No, ella no había dicho nada, porque seguramente no sabía nada tampoco; pero la policía estaba haciendo averiguaciones..., y eso era todo lo que quería comunicarle, para que agregase al expediente, y para que estuviese también al tanto de la suerte de Villanueva, al que ella apreciaba tanto. "¡Sí, es que lo traté como hijo mío!"... Y el director insistió en que eso era todo, porque quería quedarse solo otra vez. Y la señora Aguado salió, horrorizada; y el director volvió a quedarse, no sólo, sino con Villanueva.

Era claro que Villanueva sufría de una afectividad inmadura, infantil, y se dejaba llevar por los impulsos de sus necesidades inmediatas de gratificación, y se hallaba en una situación conflictiva permanente, agónica, porque tenía que decidir a cada instante qué hacer con esa gran carga impulsiva que le agobiaba; y cuando llegaba a proyectarse desembocaba en actitudes que resultaban antisociales; era impresionante ver tanto de este enfermo y sentirse a la vez tan desvalido para ayudarlo; esta era la lucha lenta, dolorosa, y a la vez esperanzadora, en que estaba inmerso el hombre, porque era verdad que hoy se estaba haciendo más que ayer, pero a la vez era evidente que se estaba haciendo menos de lo que había la conciencia que se podría hacer al día siguiente, y

esta falta de medios de hoy para hacer la obra previsible para mañana era una limitación trágica del científico, sobre todo del médico, que veía y sentía sufrir al hombre de hoy; y, sin embargo, ese progreso había que mantenerlo vivo en la esperanza; era seguramente más fácil desesperarse y abandonarlo todo a la suerte y dejarse morir; de eso eran capaces los enfermos; pero el hombre sano de espíritu sentía siempre viva la posibilidad esperanzadora de ir resolviendo los problemas, de ir arrancándole secretos a la vida, de ir alumbrándole rincones escondidos a la muerte hasta descostrarla y descubrirla con una transmutación tranquila, sin final, porque la vida del hombre no termina con el último latido de su corazón, y acaso empieza de veras entonces; nadie lo sabe; como no podría imaginarse su abuelo que alguien sería capaz algún día de oír a alguien hablando desde el otro lado del mundo; no saben todavía por qué se producen las lluvias, nada de eso saben, y, sin embargo, están tranquilos de su fortaleza, no porque se

sientan de veras fuertes, sino porque no conocen su debilidad; así viven sin vivir muchos incrédulos; como la ardilla dentro de la jaula; y así a la policía no le interesa ahora más que eso, apresar a un criminal, porque para ella no es otra cosa; no es, por ejemplo, un enfermo que no tiene culpa; y así como piensa la policía, tiene que ser, y así es en verdad, porque la verdad es varia, la verdad es la suma de muchas otras verdades y están una sobre la otra como están super puestas, imbricadas, las escamas de un pez; es que en cuanto la policía comenzase a compadecer a Villanueva ya el todo se convertiría en parte, y el todo sería un mundo inaccesible a la policía sola, un mundo en forma de serpiente mordiéndose la cola, incapaz de otra cosa que girar sobre sí misma e irse comiendo hasta el momento en que tendría que morderse su propia cabeza, que ya se supone que es cosa imposible, porque no se puede ver uno mismo morderse su propio ojo; y por eso, por lo absurdo de las consecuencias, no podía negar la necesidad de la justicia, aunque fuese en cierta forma injusta, como la de Dios parece a veces infundada e incomprensible; y lo sería para la policía; al menos, tenía él que hacer que creía en esa justicia, porque en este plano de la vida del hombre no había sustituto; ayer, sin ir más lejos, estaba él leyendo en la prensa que por primera vez había aceptado un tribunal la tesis del "criminal nato", y, por tanto, los jueces habían decidido fallar que había lugar a una conclusión de "irresponsabilidad"; ¿podía existir realmente un caso probado de "irresponsabilidad"?; habían fallado así en una corte de París, porque los

médicos, un forense y un genético, habían llegado a la conclusión de que el acusado poseía un cromosoma sexual más de lo normal, lo que venía a confirmar la tesis expuesta anteriormente y con mucho escándalo por unos médicos escoceses; según estos médicos, los sujetos que sufren de estos trastornos eran "criminales a pesar de sí mismos"; ¿dónde estaban entonces la responsabilidad del hombre?; si a su abuelo le hubiesen dicho que un hombre no es siempre responsable de lo que hace, hubiese respondido con una enorme convicción que quién es, entonces, responsable de sus vagabunderías; y él que sabía más que el padre de su padre, se preguntaba lo mismo, pero con menos convicción que su abuelo de estar en la verdad; en tiempos de su abuelo no se hablaba del sexo, porque era tabú; aún más: pecado; y entonces la verdad tenía un techo más bajo; pero hoy, cuando se ha abierto esa misteriosa puerta que ha estado cerrada por siglos se descubre que aunque las células humanas contienen normalmente cuarenta y seis cromosomas, de las cuales hay dos que determinan el sexo, puede haber alguna que tiene una más, y no se sabe todavía cuántas veces se repite esto en los seres humanos; en la mujer, los dos cromosomas que determinan su sexo tienen forma de X, y en el hombre un cromosoma tiene forma de X y otro tiene forma de Y; los médicos escoceses habían decidido realizar un análisis cromosómico simultáneo en todos los enfermos hospitalizados, trescientos quince, en una de sus cárceles, y descubrieron entonces, con enorme sorpresa, que nueve de los detenidos tenían, en lugar de cuarenta y seis, cuarenta y siete cromosomas, y el suplementario tenía forma de Y; esos individuos eran de algún modo supermasculinos; así se había venido a descubrir un nuevo camino de la vida, de la que creemos saber tanto y de la que apenas hemos empezado a saber nada; así, partiendo de los caracteres

comunes de los nueve detenidos, los médicos establecieron el siguiente retrato: los trastornos de la conducta son precoces, se producen hacia los trece años, y no hacia los 18, como en los demás delincuentes; Villanueva podría estar entre los que padecen de esta característica; quién sabe; y, ¿qué culpa tiene él de haber nacido así, ni la tiene su padre, ni su madre, de haberlo producido como nació, ni siquiera de ser ellos mismos lo que son; así es de compleja y difícil la vida; desde luego que no era como la veía su abuelo, que ya no era de este mundo, ni siquiera como la veía un amigo suyo, economista, de hoy, que decía que a los criminales había que descolgarlos piadosamente desde un barranco; y este economista no era menos hombre que él, ni era menos inteligente, acaso más; y más, era más creyente que él, y oía misa y comulgaba todos los días del año; ¿por dónde andaba ese Dios engañando a este hombre de buena fe que creía firmemente, religiosamente, en la eutanasia?; esta era una pregunta más; y volviendo al enfermo de estas características, que bien podía ser Villanueva, los médicos decían que se sentía empujado al robo más a menudo que al crimen; pero que podía matar también; total, que habían llegado a la conclusión de que esos nueve hombres (que habían cometido un total de 81 robos y 8 agresiones) eran "irresponsables", pues su conducta estaba vinculada a la existencia de un cromosoma suplementario; ¡qué regalo!; podía haberle tocado en suerte a Villanueva, no se sabe; este fue el primer estudio que se hizo en Escocia; ahora, en el caso más reciente del juicio y la decisión de "irresponsabilidad" en París, se trataba de un muchacho que trabajaba en una cuadra de caballos, como peón, y había estrangulado una prostituta en el cuarto de un hotel; según la misma noticia, cuatro meses después de este crimen el asesino se

había presentado a la policía por su cuenta y lo había contado todo; le interesó mucho el caso al leerlo en los periódicos, claro; se trataba de alguien que había nacido en un medio modesto, tenía un pie torcido, y sufrió de muchacho porque le llamaban "pata de palo"; sufrió también de grave traumatismo hace veinte años con un homosexual, y desde entonces se mantenía en una especie de misantropía, huyendo de todo contacto con la sociedad; éste no era el caso de Villanueva, porque Villanueva más bien se hacía notar y buscaba que lo vieran y lo halagaran, pero él recordaba muy bien el desparpajo con que les había contado sus aventuras sexuales en las entrevistas; regresando al caso de París, el sujeto había tratado de suicidarse en la celda de su prisión, y, al fin, el tribunal había optado por la decisión de "irresponsabilidad psicológica"...

Ahora se estaba dando cuenta que su pipa estaba apagada, y se levantó de su asiento para buscar los fósforos; pero pensó que ya era hora de irse a su casa, y él nunca fumaba manejando...; este paso de la justicia francesa ponía en guardia a todos, y los resultados de la investigación médica significaba también que en el futuro se podrían prevenir actos criminales por análisis cromosómico; bueno (y ya estaba saliendo de su oficina) suponiendo que existiese lo que podría llamar "irresponsabilidad biológica", ¿qué haría nuestra justicia?; tendría que castigar el crimen igual; pero quizás se hiciese de otra manera; un tratamiento adecuado a un enfermo así constituiría por sí mismo una pena; y habría los casos sin remedio, claro, aquellos que se sabía que no tenían cura; pero aún así la eutanasia seguía siendo un crimen contra el hombre; porque lo que era incurable hoy podría ser curable el año siguiente, o sólo al mes siguiente, y seguiría siendo un crimen sobre todo para él, que era un médico cató-

lico, porque habia otros aspectos, como el de la Gracia, que un creyente debia tener en cuenta, por cuyo medio podria ocurrir lo imprevisible, lo que se llama un milagro...

Fidelity Bond
25% Cotton
MADE IN USA

21

"Ahora que se fue Aquiles con Robertico, ¿cómo sigue todo... en tu casa?"; Josefina está sentada en el banco, debajo de la trinitaria, y no hay nadie más que ellos dos, y Josefina quiere estar segura y pregunta a José Armas a ver si se refiere a lo de Villanueva y Rosa; José le dice que sí, que eso era lo que le estaba preguntando; Josefina dice que mal, que todo iba mal; ¿por qué?; porque no iba bien... ¡qué más!; pero podía decirle qué pasaba, cómo se estaban torciendo las cosas; pues Rosa se había ido de la casa, ¿sabía eso?, ¡se había ido de la casa!; ¿cuándo?; el martes, y ahora apenas venía por la casa un ratito en la tarde, a traerle el diario; ¿dónde vivían ellos ahora?; ¿por qué quería saber José Armas eso?, y Josefina no lo dice, pero piensa para ella sola que este hombre, José Armas, podría hacer la denuncia

de Villanueva al directo, aunque no fuese más que para ayudarle a ella y también a Aquiles, pero que ella no podía traicionar a su hermano, que se lo había pedido (¡y no sabía por qué tampoco!) que no denunciase a Villanueva por nada... y también podía hacer eso daño a Rosa, por eso le estaba diciendo a José Armas por qué quería saber él dónde esta Jesús Villanueva con su hermana, pero tampoco le parecía bien desconfiar de José Armas, que era tan amigo de su hermano, y le dijo, sin decir, que donde habían conseguido una habitación era en casa de una amiga de Rosa que vivía con su mamá...; ¿dónde?; dónde exactamente no podía decir Josefina porque allá mismo no había estado nunca, ¿comprende José Armas eso?; claro que comprende..., ¡no, si no era por nada!, y menos mal, le dice José Armas, que todavía su hermana le sigue ayudando; Josefina le dice que sí, que mientras consiga algo ella tiene que seguir dependiendo de Rosa, aunque eso le dé mucha vergüenza; José Armas comprende bien sus escrúpulos, ¿cómo no va a comprender?, pero debe tener un poco de paciencia; sí, paciencia la tiene Josefina mucha, no ha hecho toda la vida más que eso, reunir paciencia y gastarla, eso ha sido toda la vida de ella, desde chiquitica, pero necesita conseguir algo pronto, y algo que salve a Robertico; claro, Robertico es el problema ahora; sí, porque conseguir trabajo como sirvienta, eso se consigue muy fácil, pero ella necesita una casa donde tengan a su hermanito permanente; claro; si consiguiese ella trabajo en una fábrica la cosa sería diferente, porque regresaría a la casa al mediodía y en la noche y podría seguir cuidando a Robertico como hasta ahora; José Armas comprendía muy bien eso; ella, Josefina, necesitaba una casa para Robertico, y no se atrevía a dejarla en el barrio, donde cualquier vecina, porque se le iba a ir el niño por donde se iban

todos los demás en la calle, por donde se había ido Aquiles y por donde se había ido Villanueva...; y él también, José Armas, ¿por qué no lo decía?; pues no se lo decía porque no había necesidad de herir a la gente así tampoco, pero era verdad, como le pasó a José Armas, que por no tener quien cuidase de él de niño tuvo que salir... por donde podía; claro; ella lo sabía bien, lo había estudiado bien, porque en la casa no hacía más que pensar en eso, pero no sabía todavía dónde dejar a Robertico; sí, José Armas comprendía todo el problema muy bien: Josefina quería zafarse de la protección denigrante de Rosa, quería trabajar y valerse por sí misma, y tenía, también, que salvar a Robertico, ¡eso estaba claro!, y él podría ayudarlo si estuviese fuera también, pero también lo tenían aquí, preso, como a Aquiles; él, José Armas, ¿la ayudaría también si estuviese en condiciones de hacerlo, ¡de verdad que lo haría!?!; sí; sí, ella estaba segura de que la ayudaría; y espera poder hacerlo, pero por ahora no puede; no puede; es que las cosas torcidas siguen torcidas...; sí, pero él, José Armas, quiere decirle ahora algo que ha estado pensando toda la semana...; ¿qué?; que él quiere, que a él le gustaría... ser su novio; ¿cómo le dice eso a Josefina?; pues sí se lo dice, y... ella, ¿no quiere?; sí, sí... eso ha sido como una sorpresa, pero sí lo quiere; ¿de veras?; sí, de verdad le dice que sí le gusta ser novia de él; y él, José Armas, no se mueve de su sitio, pero corre su mano a lo largo del banco de madera y llega hasta donde está la mano morena y fina de Josefina, la que no se atreve siquiera a respirar, y entonces José Armas no pone su mano encima de la mano de Josefina, sino que se contenta con dejarla tocándose con la de ella, y dice a Josefina, sin mirarle, que luego le tiene que cortar unas flores, que no es que él se haya olvidado de eso, sino que no le ha dado tiempo esta tarde, porque ha venido un poquito más temprano; Josefina le dice que es verdad; ¿por qué?; porque sí, porque tenía

ella también ganas de verlos... a los dos; ¿a él también?; sí, también a él, ¿no se da cuenta de eso?, y es la mano de Josefina la que sube sobre la de José Armas, y él las une rápidamente, palma contra palma, y se cruzan, casi sin querer, los dedos, y es Josefina la que siente que le sube algo por todo el cuerpo, y es también José Armas el que se siente dueño de algo nuevo y que le arde en la sangre y le aprieta la garganta y le llena, como un blando mareo, la cabeza; y es José Armas el que habla primero ahora y dice a Josefina que es ya su novia, que a él se le hacen los días largos, pensando en ella; "y yo...", quiere hablar Josefina; pero él está hablando algo que no puede dejar de salir así, por dos palabras que se le cruzan en el camino, y le dice que está pensando en ella, y en que ella podía tener ya un novio y en el dolor que sentiría él si así fuese, que se sentía tan desamparado allá, encerrado, sintiendo que ella andaba expuesta a que miles y miles de hombres la viesan todos los días y hasta estuviesen cerca de ella y le dijiesen algo y que ella se sintiese también necesitada de alguien cerca, y más si tuviese algún medio de ayudarla, algún oficio, cualquier cosa, y que por eso sufría mucho, pero que ahora ya se sentía más seguro porque tenía la mano de Josefina dentro de la suya y que la sentía respirar en la mano, ¡eso era lo que quería decirle, ¿ve?!; sí, ella ve todo eso, se da cuenta de todo eso, porque ella también está pensando siempre en él; ¡¿cuánto?!; siempre, cuando está en la casa, cuando está lavando la ropa, cuando está lavando a su hermanito, a Robertico, cuando está en la cama, sin poder dormir...; ¡¿también?!; claro que sí; y las manos se abrazan, y a José Armas le dan ganas de voltearle la cabeza a Josefina, que está mirando hacia los robustos y sinuosos troncos de la trinitaria, que está muy grande, y besarle a ella los ojos, que son negros y grandes, con grandes pestañas negras, y besarle los labios, que son largos

y gordos y tienen una carne suave y roja... pero José Armas no se atreve a eso, y también puede venir alguien por allá y verlos, no por él, pero podía hacer daño a la seriedad de Josefina, ¿no?, y están sin decirse nada, mirándose a ratos, contentos de sentirse así, cerca y abrazados en sus manos, y viendo, para evitarse cualquier susto, el pedazo de campo que se ve desde aquel rincón, y donde hay grandes matas de mango y bancos y gente que se visita y se habla, y que es por donde en cualquier momento se pueden aparecer Aquiles y Robertico, que están jugando pelota; entonces Josefina dice a José Armas, como una confidencia, que no quiere que diga nada a Aquiles todavía; que ¿por qué?; Josefina le dice con las manos que no sabe por qué, pero que le da pena que Aquiles sepa todavía de esto, acaso se lo puede decir después de la otra semana, ¿okey?; a José Armas le parece bien, pero ¿no sería que ella estaba dudando de eso?; no, y Josefina se ríe, no se trataba de eso, que ella estaba segura, sino... de que le daba pena que se hermano se enterase por su mejor amigo de aquella... confidencia, ¿entendía él eso?; sí, José Armas lo entendía bien, y no tenía por qué pensarlo más; ahora, decía Josefina, lo único que le preocupaba de veras era la solución de su trabajo y la situación de Robertico; y José Armas piensa entonces en una solución, y cuenta a Josefina que él está oyendo a Aquiles hablar siempre de una familia que él quiere mucho y la que, al parecer, quiere mucho a Aquiles, ¿sabe ella qué familia es la familia Campos?; Josefina no, no sabe; no importa, porque él va a averiguar la dirección de la familia Campos sin despertar las sospechas de Aquiles, así, sonsacándolo, y entonces podrá darle esa dirección a Josefina cuando venga el próximo día, ¿no?...; a Josefina le parece bien, y pregunta a ver qué hace esa familia Campos, quiénes son; José

Armas sabe quiénes son, porque Aquiles le ha hablado muchas veces de uno de los chicos, que vendía periódicos con él durante un tiempo, que es cuando él, José Armas, primero conoció a Aquiles en la puerta del periódico, ¿no?, y que cree él que puede muy bien confiar Josefina en esa gente, porque Aquiles le habla maravillas de la mamá de Campos, que es trabajadora y muy seria y que está sacando a la familia adelante con todo y estar sola, ¿no? porque tiene hijas casadas con muchos hijos; y a Josefina le parece bien la solución; ella iría a la casa de esa señora y le diría lo que pasaba y quién sabe si todo se podría arreglar.... ¡la cosa había comenzado a enderezarse, ¡no le parecía eso a José Armas como una señal?!; podría ser, podría ser... él no creía mucho en señales, pero quién sabe si a veces pasan esas cosas, ¿no?; sí, ella sí cree en cosas, cree en Dios y cree en eso, ¿él no cree en eso?; no, José Armas no cree en esas cosas que no sabe cómo son, ¿no?, porque ¿cómo va a creer en cosas que no sabe qué son... ¿no le parece?; sí, eso era verdad, pero uno siempre cree en cosas aunque no sepa exactamente cómo son; también eso es verdad; como ahora, por ejemplo, no sabían qué familia era esa, la de Campos, y ya estaban pensando en dejarle Robertico, que es lo que ella más quería... además de Aquiles y él, José Armas, ...y ¿cómo se llamaba el amigo de Aquiles?; Hugo, Hugo Campos; ¡ella, Josefina, conocía a un Hugo, amigo de Aquiles, que vivía cerca de la Plaza Candelaria!... ¿no sería él?; José Armas cree que sí, que le habló Aquiles una vez de que esa gente vivía por esos lados, más abajo, hacia El Conde... ¿entonces estaba resuelto?; ¡sí!, de todas formas ella iría hasta allá, donde una vez le mandó Aquiles a buscar una silla que le había conseguido en esa casa para ellos, porque no estaba muy nueva y se la habían regalado, y hasta vió allá a la señora, que era una señora muy buena... ¡y hasta puede que la recordase

la vieja!; podía probarlo, ¿no?; claro, lo iba a probar, ¡esta misma noche!;
!¿sí, tan pronto?!; claro, ¿a qué iba a esperar?; sí, mejor, así no tenía
nada que ver con ese marico de Villanueva... tenían que callarse porque
ya venía Aquiles; y las dos manos se soltaron...

FIDELITY BOND
MADE IN U.S.A.
25% TOLLON

22

Josefina creyó sentir alguien en la puerta. Ya era noche cerrada, y el ranchito parecía replegado y dormido en la penumbra. Sólo tenía encendido el bombillo de la cocina, donde estaba en ese momento achicando un pantalón viejo de Aquiles para Robertico, que ya, el pobre, estaba desnudo. La puerta estaba cerrada; sin llave aún, pero empujada, con el automático. Y podía ser un perro, o un gato, cualquier cosa. Y ella no le tenía miedo a los ladrones, porque ¿qué le iban a robar? Y ellos, los muchachos del barrio, podían hacer fechorías fuera, pero no allá en aquel rancharito del Manicomio, porque era como hacerse daño ellos mismos. Y recordó al hombre del otro día, que subió por aquel camino siguiendo a un muchacho que había desaparecido y no sabía dónde, y nadie le decía nada tampoco, aunque todos estaban en sus puertas y todos habían visto escaparse al ladrón. Ella la había visto también,

sin saber que estaba robándose algo, era la verdad; y sólo cuando se presentó el señor sin aliento y rojo de la rabia se dio cuenta que Ramón, el hijo de la cumanesa, se había llevado algo que no era suyo. El hombre se detuvo delante mismo de su puerta, en la mitad de un charco de orines y agua-jabón sucio, y miró en derredor, y vio a toda aquella gente que lo miraba desde las bocas de los ranchos, y preguntó si habían visto correr a un muchacho; pero nadie dijo nada; ni ella tampoco; porque sabía que robar está mal, y que quitar a uno lo que es suyo está mal, y está peor si lo que tiene ese hombre al que han robado es poco, como parecía que era poco lo que podía tener aquel hombre sin afeitarse y con la camisa azul descolorida, pero que tenía al menos un carro y además tenía una radio de pilas; Josefina tenía que vivir allá con la gente del cerro, que tiene menos, y ya a aquel hombre que le estaba preguntando por el ladrón no lo iba a ver más nunca en la vida; y hasta podía ser un loco escapado del manicomio, y que decía tener un carro, porque hasta eso podía ser; por eso que tampoco ella le dijo nada; aunque estuvo el hombre explicando que él no había hecho sino subirse hasta la placita, buscando una dirección, y que tenía esa pequeña radio sobre el asiento del carro, porque estaba oyendo un partido de beisbol, y que él mismo se detuvo en la placita y llamó a un joven para saber de un compadre que se había mudado para allá, y que el muchacho se le acercó y le estaba diciendo la dirección y que por la otra ventana se le metió un brazo y salió corriendo por este mismo camino entre ranchos, y que el muchacho debería estar por aquí; y se cansó de explicar las cosas, y hasta comenzó, al fin, a jurar y a maldecir a la raza de ladrones que se escondía en todo este ba-

rrio; y a todo esto la gente lo miraba sin decir nada, porque no podían decir nada a aquel hombre; ella porque no podía, de verdad que no podía, y otros porque eran ladrones también, porque no hay otra manera de vivir que buscando donde hay; y el señor vio que todo era inútil, y hasta se dio cuenta seguramente que podía perder allá algo más que la radio, porque le podían robar el carro mismo, que no era la primera vez, o podían sacarlo a piedras, que tampoco eso era nuevo allá arriba del Manicomio; y el hombre se fué sin daño, menos mal, porque a ella le dolía verlo tan indignado...

-!Ay!... !?Qué hace usted aquí?!... ?!Por dónde entró!?!...

Era Villanueva. Grande, poderoso, seguro de sí mismo. Estaba pegado a la puerta y cerrada otra vez; con su camisa blanca abierta hasta el ombligo, con el pantalón, y con una sonrisa de veras amistosa:

-Hola, Josefina...

Josefina dejó el pantaloncito sobre la mesa, y allí se recostó, pálida, de ese color de harina mojada a que cambia el negro de la piel cuando se le escapa la sangre asustada a otra parte. Y lo miraba y lo miraba, y no sabía qué decir, porque aquello era una aparición, igualito a un fantasma.

-?Por dónde entró usted?...

Villanueva sacó las manos de los bolsillos, y sonrió, de la manera más natural, y se adelantó un poco, donde le daba más la luz del bombillo.

-No se asuste, Josefina -le dijo- yo no hice sino empujar la puerta, que estaba abierta; porque estaba abierta la puerta, ¿no?.

-No sé; pero si estaba abierta la puerta no era para usted.

-?Para quién entonces, ah?... Ya son las diez de la noche.

-Para una vecina que está por llegar...- y Josefina comenzó a reaccionar - !y usted sálgase ahoritica de aquí!... antes de que llegue mi amiga...

-Un momentico, un momentico...- y Villanueva no era de los que se puede engañar tan fácilmente, y tampoco era de los que cometían errores sin necesidad, y no hizo sino moverse calmadamente y sentarse sobre un cajón que hacía de banco, no lejos de la mesa, donde todavía estaba recostada Josefina, tensa como un tigre- un momentico, y no se me ponga así, tan brava y tan fea, que le vengo a traer un recado.

-?Un recado de quién?... ?de Rosa?- y Josefina pensó que acaso ese estaba asustando sin razón, aunque fuese Villanueva y a esta hora, porque podía haber pasado algo a su hermana, de verdad, o podía Rosa necesitar de ella, ?quién sabe?...

-Exactamente, de Rosa, ?le interesa?

-Sí; pero dígame lo que sea y váyase.

-Bueno, Josefina, pero no se me ponga así tampoco; usted sabe que somos casi cuñados...

-!Usted no es cuñado mío!, y Josefina que no se mueve, a pesar de sentirlo cerca, porque Villanueva puede creer que lo teme.

-Casi, he dicho casi...

-Le repito que me diga lo que sea y se vaya, que ya mi vecina está al llegar...

-Y el pequeño, ?dónde está?

Josefina descubre ahora que tiene a su hermano dormido en la pieza, y que siempre es alguien a quien puede llamar, y eso la tranquiliza un poco, y deja la mesa y llega hasta cerca de la cocina, donde hay, en una balda, una botella vacía, y todo esto con la mayor serenidad, porque la presencia de su hermano le está aquietando el susto, que no la dejaba moverse siquiera, y no agarra inmediatamente la botella, sino que le da confianza tenerla a mano, y se cruza de brazos delante de Villanueva y le dice:

-Ahora dígame lo que tiene que decirme...

-?El qué?

-El recado; y váyase...

-No sea niña, Josefina, y usted sabe a qué he venido yo a visitarla a esta hora; ?o no?...

Josefina estaba ya preparada para esto, porque nunca esperó nada bueno ni nada decente de este hombre, y llama a su hermano, grita, y agarra la botella.

-No meta al muchachito en esto...

Villanueva se ha puesto de pie y la está mirando con unos ojos que le han saltado de pronto, nuevos, llenos de susto y de odio, y no se mueve.

-No se me acerque, que le rompo esta botella en la cabeza- y no es verdad que Villanueva se haya movido, porque no, no hace más que mirarla desde donde está sentado, sobre el cajón. Y no ve, no puede ver, a Robertico, que acaba de llegar sin decir nada, sin poder todavía abrir los ojos; y Josefina sí, y por eso le sale amenazar a Villanueva con la botella.

Y Robertico acierta, por fin, a hablar, y dice:

-¿Qué pasa, Josefina?

-Hola, Robertico, ven, hijo...- y Villanueva se voltea sin reparar en que Josefina le puede dar con la botella- ven aquí, dile a tu hermana que no me pegue, dile ¿ah?, que ya me voy... -pero no se mueve, y extiende el brazo al muchachito, que no se le acerca sino que está dando lentamente un rodeo para llegarle a Josefina, que sigue teniendo la botella en el aire- ya me voy, ya me voy, mujer- y ahora sí se levanta, -pero volveré, ¿oíste? y no me recibas así, porque te ves muy fea; y tú eres muy bonita, ¿sabes?- y todavía insiste con el chico: -vete tú a la cama, Robertico, vete,- y hace ademán de tocarlo en el hombro, para empujarlo amistosamente; pero ya Robertico está pegado a la falda de su hermana;-vete que yo me voy ya de la casa, vete a tu cama...mira, Josefina, yo no vengo contra tí, ¿oíste?--; y Josefina sí que oye todo atentamente, y tiene aún la botella en el aire y con la otra tiene agarrado del hombro a Robertico, al que ya le duelen las uñas de su hermana dentro de la carne- ...lo que pasa es que Rosa se va, ella sale en la noche y me quedo solo, y necesito tener alguien con quien conversar, ¿entiendes?; pero eso no es para ponerte así tampoco; ¿no ves que no es para nada malo?; bueno, te dejo,-y ahora se voltea, y avanza hasta la puerta, momento en que Josefina hubiese podido reventarle la botella en la cabeza; pero Villanueva es muy valiente, o sabe hasta dónde puede llegar una mujer con una botella en la mano justo cuando él se dispone a salir de la habitación, y dice, al abrir la puerta: -bueno, te dejo; duerme bien; te veré otro día, acaso mañana, ¿de acuerdo?...

-!Sálgase de una vez, y no vuelva por aquí, o le rompo la cabeza!...

-Está bien, está bien...

Y Villanueva sale y cierra la puerta, ahora bien cerrada, despacio, y se sienten los pasos que se alejan en la noche, cerro abajo, por el camino de quebrada que baja hasta la placita de ranchos donde llegan algunos carros. Y sólo entonces baja Josefina la botella, y le duele el brazo y todo el cuerpo que está duro, como si fuese de madera y no de ella misma, de su sangre, y va a cerrar la puerta con la llave además, y luego abraza a Robertico, que no parece asustado, y lo lleva empujándolo suavemente hasta la pieza donde duermen los dos, y lo acuesta, y le dice que se duerma, Y se queda con él hasta que lo siente dormido, pensando; pensando en Rosa, y en Villanueva; ¡pobre hermana!; y ella tiene que cuidarse mucho en adelante, y tiene que buscar una solución a todo lo que amenaza detrás de aquella visita; y se va quedando dormida; y sueña que está caminando en un desierto, y que no hay una sola mata, ni un rancho, ni un poco de agua, descubre que no hay ni sol, ni siquiera luz, aunque ella ve en la oscuridad como si fuese de día, y sigue caminando y caminando, porque no puede hacer otra cosa, porque quedarse donde está no puede, porque sabe que no puede comer ni sentarse ni dormir, porque es una vigilia dolorosa que no puede alejar de sus ojos, y de pronto aparece, como un brote, una matica como una hierba, que a medida que avanza ella va creciendo y creciendo, y, de pronto, antes de que puede estar ella en situación de alcanzarla a ver si tiene algún fruto que comer, ¡zas!, da un salto y se le planta delante, y se ríe y mueve los brazos, porque no es una mata, sino que es Villanueva, que no se mueve, porque sigue siendo una mata pegada al suelo, pero que le habla mientras ella corre en el desierto, y el viento le trae la voz del hombre con unos susurros suaves, acariciantes y hasta agradables que se le meten por el oído, aunque ella no quiere escuchar y siente la caricia en su cuerpo, y le ve los ojos de nuevo, y se

asusta. Y así, en esa angustia, se despierta. Está sudando contra el cuerpo de su hermanito. Se levanta de la cama, casi corre hasta la puerta, y comprueba que está cerrada con la doble vuelta de llave; se asegura que no hay nadie en los pocos rincones del rancho, y se desviste en un rincón, de miedo de que alguien pueda estar mirando desde las muchas rendijas de las paredes de lata y madera; sólo entonces, cuando se ha metido su camión por la cabeza, se atreve a dar una vuelta al bombillo de la cocina, y se acuesta junto a su hermano, para tratar de dormir hasta el día siguiente.

23

A Josefina le costó muy poco conseguir la casa donde vivían los Campos. Se acordaba ella de un garage donde había un hombre tumbado debajo de un carro casi sobre la acera y que al pasar ella con Aquiles, que es el que llevaba la silla montada sobre su cabeza, el hombre le gritó una grosería desde debajo de su falda, y luego sacó medio cuerpo, porque ella lo vio al voltearse sin querer, y le fue diciendo cosas; ella estaba tiesa del susto de que Aquiles, que ya le había mentado al hombre su mamá y sus hermanas, se le fuese a devolver! No pasó nada, porque tenían que coger el autobús más hacia la Plaza de la Candelaria y no se detuvieron hasta la parada, pero eso que fue tan maluco le había servido para recordar que la casa de los Campos está a dos casas del garage, en una puerta roja con letreros de los muchachos, que algunos son para no leer una mujer, y un cartel escrito a mano que dice: "se lava y se plancha ropa"; era ahí mismo, y recordó también que en una ventana que está muy pegada había esa reja de hierro con otra red de madera dentro, y tenía

encima de la puerta un bombillo amarillo, que Aquiles le dijo entonces que lo del color era contra la plaga. Y cuando Josefina llegó, tocó en una hoja de la puerta, que estaba abierta; no le iba ella a entrar sin tocarla antes; en la espera miró dos casas más allá, donde estaba el garage, y no había nadie en la puerta, ni carro, y se dijo que las cosas son siempre diferentes; es cuando apareció la señora Campos; Josefina la reconoció; la señora Campos no, porque ya hacía meses de cuando la vio, y Josefina seguramente había cambiado en ese tiempo, y seguro que la viejita no, y así fue que después de este mirarse callado que duró un segundo habló Josefina y le dijo sonriendo que ella era la hermana de Aquiles Rodríguez, ¿no recordaba la señora Campos que vino ella con él hace un tiempo a buscar una silla que les había regalado Hugo?; sí, y Hugo no estaba, y la señora Campos pareció recordar eso, y sólo con esa introducción le dijo que pasase, "adelante", y con una sonrisa, un abrir de labios bueno y unos ojos contentos, reilones, "adelante", y que cómo estaba Aquiles. Josefina comenzó a explicarle y ya estaban las dos mujeres dentro, la señora Campos la mandó sentarse en un sillón de semicuir marrón ^{muy} cuarteado que había en la entrada y ella se sentó en una silla a su lado y le preguntó angustiada si el muchacho estaba preso; no, y Josefina le aclaró que no es que estuviese preso, sino que no lo dejaban salir porque le estaban enseñando un oficio; ¡ah, le había asustado Josefina con ese nombre de la Casa!, porque a veces ponen presa a la gente por nada, y Aquiles es de lo más respetuoso y responsable y Hugo lo aprecia mucho, ¿lo sabe ella?...; claro, y por eso es que había venido Josefina a verla, y comenzó a decirle lo suyo con aquel reparo en la voz, y la señora animándola, que no se preocupase, que le dijese si había algo que iba mal, que ella también había pasado por cosas; eso, esas palabras, con una sonrisa abierta, sin dientes, y con una lengua pequeña y traviesa que le asoma a ella cuando tiene que decir una s, y con dos hoyuelos minúsculos como dos punticos, y sonriéndole a Josefina desde los

ojos, ~~un~~ son negros, no muy grandes y rodeados de unas pestañas cortas y pocas, por que esos ojos están cansados de no dormir, se les ve la carga de sueño, pero a pesar de eso sonriendo como si estuviesen contemplando la cumbre, así eran, y son todavía, de conformes y de contentos por dentro esos ojitos, y Josefina poco a poco más serena y más en su casa al decirle que venía, precisamente, a hablarle a la señora Campos de eso, del problema, y Josefina mira al aire en el camino de conve-rsar y ve una fotografía que tiene en frente y es la señora de Campos la que desvía su atención de lo que está diciendo Josefina para decir que eso era su esposo, ¡que se parecía mucho Hugo a él!, y que Hugo le había salido de responsable y de trabajador como su papá, porque ¡ese muchacho no paraba!... y que siguiese Josefina en lo que iba, que ella la comprendía muy bien, ¿entonces lo que ella necesitaba era una casa donde dejar al pequeño?... ¿qué años tenía su hermanito?; nueve; que estaba bien, ¿dónde vivían ellos?; Josefina le dijo que vivían en El Manicomio, más arriba; ¡lejos eso!, y la señora Campos le dijo que ni conocía eso tan arriba, que era nuevo, y le preguntó entonces dónde iba a trabajar ella, Josefina; ¡eso es lo que no sabía todavía, porque había buscado y buscado un trabajo en una fábrica, en un taller, algo que le permitiese conservar con ella a Robertico, pero no pudo conseguir un empleo, por mucho que ella buscó por talleres y fábricas y agencias de empleo; la señora Campos dijo que estaba todo muy difícil, y lo dijo sin la sonrisa, y con un párpado, el izquierdo, más bajo que el otro, que eso lo vino a notar Josefina en ese momento cuando la señora Campos se acababa de desinflar un poco con el peso que afligía a Josefina, y le cayó la pestaña como de un brinquito, y cuando eso casi le da la risa, pero no le salió, ¡se hubiese muerto de la pena de verse reír frente a una señora Campos entristecida por las cosas de ella misma, de Josefina!, y entonces es cuando iba ella en aquello de que había pensado conseguirse una casa para su hermanito y buscarse entonces Josefina un trabajo como muchacha de servicio, porque eso era más fácil...; ¿sabe cocinar?; sí, le dijo Josefina, cocinar sí sabía...; ¡estaba hecha, mujer, estaba hecha!,

y Josefina le vio subírsele el párpado para el pigo de arriba, y los ojos de la señora Campos se reían, ¡se reían!, que así no tenía problemas, ¡que es como si a Josefina le hubiese brotado un pozo de petróleo en el piso de tierra de su cocina!; Josefina se contagi^ó de ese gozo; "claro que no hay problema- dijo la señora Campos asomándole la lengua entre los labios arrugados y tiernos- porque la muchacha que sea limpia y tenga dos brazos y dos manos, ¡y un poco de cabeza también, porque eso, la cabeza, nunca sobra!, pero teniendo eso, que eso lo tiene cualquiera que esté entera, ¿no?, ¡y además sabe cocinar!... ¡muchacha, eso se emplea ahí mismo!"; ¿sí?; ¡seguro, seguro!; pero todavía Josefina no estaba segura de si la señora había entendido que ella necesitaba de su casa para Robertico, e insistió que... eso era lo que quería pedirle, que a ver si al mismo emplearse ella podía dejar a Robertico en su casa... y Josefina vio la señal del párpado, que quedó arriba, donde estaba, y que decía que sí, que claro que podía dejarlo; ¡no había ya duda de que el problema estaba resuelto!; Josefina respiró hondo, sin proponérselo, como si la viejita le hubiese aligerado de golpe de una carga pesada, ¡buena la señora Campos!, y ¡ah!, que ella, Josefina, le pagaría lo que hiciese falta, claro; la señora Campos le dijo que sí, y que ella se lo iba a aceptar, porque en esa casa no sobraba nada, porque todo estaba muy difícil, y ¿cuándo iba a traerle el muchachito a la casa?... ¿cómo se llamaba?; Roberto, aunque ellos siempre, y por lo pequeño, lo llaman Robertico...; ¡si ella tiene un hijo que ya está casado y todavía ellos siempre lo llaman Robertico también!...; Josefina le dijo que se lo traería en cuando consiguiese empleo; ¡ah, y era verdad que todavía Josefina no tenía trabajo!, pues entonces ella le diría dónde tenía que ir a buscarlo, porque ella le lava y le plancha a una señora que tiene una Agencia de empleos; Josefina preguntó que dónde; la señora Campos le explicó y le dijo que ya sabe dónde queda la Plaza de la Candelaria, que es aquí mismo, al voltear, eso, y atraviesa toda la Plaza hacia arriba, hacia la Plaza Bolívar, ¿no?...; sí, Josefina le estaba siguiendo; bueno, entonces sigue hacia arriba, una, dos, tres

cuadras, y en la tercera cuadra, se fija bien que le dice en la tercera, a mitad de cuadra, ahí mismo, a mano derecha, vería un letrero que dice: "Agencia", ella tenía dos ojos muy hermosos, lo tenía que ver al pasar, no tenía más remedio, ¿había comprendido bien Josefina esa explicación?; Josefina le dijo que sí, que era fácil, y se repitió la instrucción al revés, de Josefina a la señora Campos, con los ojitos de la señora Campos brillantes entre las pestañas pistojas y enrojecidas, muy pendientes de la explicación, con la punta de su lengua entre las encías, detrás de los labios arrugados y dulces de la madre de Hugo Campos, y ¡muy bien!, así es esa dirección, y que se fuese Josefina entonces mismo, ¡al mismo salir de allá!, porque esas cosas cuanto antes mejor, y en cuanto al muchachito, y ya Josefina se estaba levantando y la señora Campos también, ya saliendo las dos por la puerta roja, y Josefina tenía los ojos en el letrero escrito a mano pegado a la puerta cuando le oyó decir a la señora Campos que iba a ponerle un colchón cerca de la cama de Hugo, que dormía solo en un cuarto no muy pequeño, que allá cabían muy bien los dos, ¿estaba conforme?; ¡claro!, Josefina estaba no sólo conforme sino contenta; la señora Campos, que ya estaba montada sobre el bajero de la puerta, que es una defensa contra las crecidas de la quebrada, estaba muy contenta de ayudar a los hermanos Rodríguez, ¿oyó bien eso Josefina?; sí, y ya estaba viendo hacia el garage, que seguía solo...; ¡ah, y la señora de la Agencia se llama Eugenia, la señora Eugenia!, y, por discreción, la señora Campos descendió de un salto al piso de la calle y corrió donde estaba ya Josefina, que eran cinco pasos, y agachó ese tono de voz cantarín que tiene la viejita y que es una discreción que ya no guarda la gente joven, que la señora Eugenia era una buena mujer, no de esas que manejan agencias que... hacen de todo; ¿de todo?, preguntó Josefina interesada; de todo, insistió la señora Campos con circunspección, que no le gustaba dar escándalo a nadie, y menos a una muchacha joven, ¿había entendido ella eso?; sí; pues no había más que irse inmediatamente a la agencia de empleos, porque eso era lo mejor; sí, Josefina confiaba en la señora Campos y en

lo que recomendase ella; ¡y ojalá llegase y tuviese suerte con la casa; porque esa es otra, que no siempre era cosa de la Agencia, sino de la suerte de una, que a veces le acompaña y otras le huye, porque para trabajar a gusto una tenía que conseguirse una casa decente, ¿oyó?, decente, y si la primera no le salía buena, pues la tenía que dejar, y a otra, hasta que consiguiese la que le convenía, que lo que sobraban eran casas donde servir, y que hubiese qué comer, donde entrase plata fija, porque siempre le pagarían mejor, ¡y le pagarían!, y los ojos sentenciosos de la señora Campos estaban subidos como dos puntos, que no se metiese ella a trabajar en cualquier basura de casa donde no alcanza ni para la comida y ¡quieran servicio del fino, ¡no!!, ¡entendió bien Josefina lo que le estaba diciendo?; clarito, ¿cómo no, y ya se quería ir, y parecía que la señora Campos no iba a terminar nunca de recomendarle prudencia bastante, ¡y con qué bondad!, que eso la tiene a ella enternecida y hasta sorprendida de que haya gente buena así cerca, que una no sabe que existe gente así a su lado y sin embargo es verdad, que eso es como un milagro, y en ese mismo instante y sin otro aviso la señora Campos se fue y montó de un brinquito sobre el bajero de la puerta y se volteó y le dijo que si le alcanzaba el tiempo se regresase para decirle qué había conseguido en la Agencia, ¿conforme?, y dijo todavía, al entrar definitivamente en la casa, y Josefina ya caminando para irse: "adiós, m'hija"... Josefina caminó con la preocupación de no tropezarse ahora con el mecánico, que seguramente ni le reconocería vista ahora al nivel de los ojos, y de ninguna otra manera seguramente, porque de eso hace ya casi un año... ¡¡Ahí estaba el tío Raúl en la otra acera!! con su lotería en la mano, y hablándole en ese momento a una puerta, o a quien estuviese dentro, porque no se veía, ¡que no la viesel!, por nada, por no tener que verle la cara de cerca, que para eso lo mejor era, y es, no mirar, y no miró..."¡Josefina!"... ¡la había visto!... corre-corre-Josefina... ¡"Josefina, escucha"!... y ella camina@camina ligerito, y un autobús de la Plaza Carabobo que pasaba y otros carros y ya Josefina no le oía la voz, ni lo sentía caminar detrás; y miró, porque no estaba tranquila, y no había nadie más que una señora con un niño de la mano que ella acababa de pasar en la carrera.

23-a

!Está bonita esa mujer!; se le han llenado las piernas; !las caderas le están saliendo a su mamá!; aún sin ser linda como Rosa, Carmen, su mamá, era un mujerón; y no se sabía por qué; no era la cara, que sin ser fea tenía su nariz un poco grande y sus dientes salidos; los pechos llenos, como ya los tiene esta chiquita, Josefina; !el mismo molde!; esta manera de caminar de la pequeña, llena, colmada, es también de su mamá; no está hecha como la de Rosa, que tiene, parece, las partes sueltas y bailando cada una por su lado como si fuese a caer algo en cualquier parte, de movidas y gozonas que son esas tetas y esas nalgas, !la jodida!, sino que lo de Josefina, como lo de su madre, es un enterizo que se mueve lo justo; la medida; porque la cadera de esta mujer que acaba de pasar es como la de Carmen, que era varios años mayor cuando él todavía era un muchacho en Cujicito y ella tenía amores con Roberto José, que era un pájaro; ya entonces la Carmen había tenido a Rosa, y de Servando, el

de la panadería, y que es verdad que se le parece Rosa, porque Servando Muro era, desde antes de caerle del cielo ese negocio, un padrote igual que su padre, un Llamozas que llegó por fiestas a Barquisimeto a ver una tierra y sembró este carajito, y no regresó a verlo, aunque le regalase luego esa panadería y dos camiones que trabajaban en Barquisimeto y una punta de ganado en unas tierras de Carora, todo eso por habersele montado un par de veces o tres a Luisiana Muro; ella se murió de parto en aquellas carnes, pero todavía vive en los sueños del pueblo, aún se habla de lo buena que estaba; desde allá, desde tan viejo, desde la abuela, le viene a Rosa ese cuerpo de tirar, ¡la jodida!; y eso es lo que pasó, que a Servando Muro le cayó todo eso de golpe cuando se estaba muriendo el Llamozas en Caracas y cuando Servando no tenía todavía los veinte años y estaba trabajando de peón en el Concejo Municipal, haciendo nada, sino vagamunderías, por alguna recomendación; Servando no cambió a mejor por eso, sino que se multiplicó con esa rueda de plata: malo multiplicado por mucho, mucho malo, y, además, se volvió más fino para conseguirse las muchachas de quince y dieciséis y hacerles a cada quien su hijo, ¡una bendición!, que eso como que es herencia, porque hijos de su papá y de ese bandido habrá a cientos regados por todos esos peladeros hasta Barquisimeto y hasta Carora, por donde coja uno a pie o en burro o en camión, que ese canalla ha andado todas esas tierras por años buscando qué cubrir, como un padrote; una de ellas, de las primeras de Servando, es Rosa; si la muchacha vale algo todavía, si vale, será por su mamá, por la Carmen, que a ésa la conoció Raúl siendo muchachito él y ella crecida, vecinos los dos, puerta con puerta, y ella con tetas de hacerle soñar el cielo despierto; ¡nada más verla le entraba aquella comezón en la sangre!, y una vez que la vio en sostén tuvo que ir al corral y cogerse la chiva blanca, la Elisa, tres veces en un rato; siendo no muy linda, como dice, sino eso, el cuerpo derecho y lleno, lo bastante, no demasiado, ni muy movido como Rosa, ¡que esa puta es un pecado aparte!, sino

entero, ¡bueno para llegarle con la mano despacio a todas partes, y la lengua, y calentarla bien primero, suavedito, bien caliente ese horno, porque sin eso una mujer vale lo que el hueco de una chiva, ni más ni menos, y hacerla rabiar luego un poco, hacerla que lo pida y lo pida, hasta que se ponga como loca, y entonces, no antes, ¡y para eso tiene que aguantarse uno como un palo, o dejarse ir a ratos y medido para regresar y llegarle a ella, a ese fuego, entero, con esas fuerzas que hacen falta todavía para terminar de cogerla como se merece ese cuerpo!, ¡no joda!..., y él aquí, y en plena Plaza Candelaria, llena de gallegas gordas cargando muchachos, sentado en este banco con dos viejitos que están tomando el sol aquí pero soñando en sus tierras, se les ve la cara, y él, Raúl, eso, con el bicho duro como un cuerno grande, sin tener qué coger, ni siquiera el recuerdo refrescante de haberse cogido alguna vez a Carmen, ¡que nunca!, y que tiene que confesar que no le daba el guáramo para eso, porque esa mujer, después de casada con Roberto José, que fue el papá de Josefina y de los varones, se trancó en lo suyo y daba respeto y no se le acercaba un hombre sin verla con miramiento, porque eran esos ojos negros y grandes de mirar entero, sin ser duro, que es el mismo mirar de Josefina, y nadie más que ese hombre, ese loco, le llegó en Cujicito a la cama, ni luego después, cuando se vinieron a Caracas, y él, Roberto José, se murió de algo; este Roberto José, que era también del pueblo, de los Blanco, no era nada, ni se merecía la Carmen; era un echón a toda vela, embustero, y hasta, dicen, pegaba a su mujer; era un bebedor de aguardiente que decía que era mecánico, cuando no era más que un peón, un toero; pero ella, la Carmen, se quedó con él, lo siguió a Caracas; no sabe ni cómo ni por qué le aguantó Carmen a ese hombre todo eso, ¡con lo que era esa mujer!, ¡tendría su gracia!, él siguió viviendo de eso, y con esa gracia, de Carmen, de estar se lavando y planchando esa mujer la ropa de un batallón, y su hombre en lo mismo de siempre, inventando aquí, trapaleando allá, un flojo; y él, Raúl, se llegó muchas veces

la
a visitar a Carmen cuando todavía vivía Roberto José (!y nunca lo consiguió dentro de la casa!) y después de muerto él, cuando ella estaba en la casa sola, y ya muy gastada, que aunque tenía casi diez años más que él no era para tanto, y él le llegaba con alguna cosa, con un regalito, por ese gancho que tenía ella, por lo que le decían a él todavía esos ojos, aunque ella estaba ya muy consumida de la cara y sin la sombra de aquel pecho que Raúl había visto de muchacho, y con esas piernas grandes de las varices, y con esas caderas todavía en su sitio, eso sí; nunca le alcanzaron las fuerzas para decirle nada; le cerraban el paso aquellos grandes ojos quietos y dulces, y la paz de aquella mujer; así, buscando en la madre, fue cuando salió verle un pecho desnudo a Rosa, !que no tenía ella doce años cuando eso, ! la jodida!!, y ya era la misma vaina, y más, y ahí sí consiguió llegarle Raúl más tarde, !la puta!, y se la perdió por ansioso, porque uno siempre quiere más, y vagamunderías de ella también con el turco, y que ahora le decía Rosendo ayer que estaba encuerada con un marica que llegó a vivir al Manicomio, !qué vaina!; a ésa, y después de lo que pasó entre ellos, le llegó un día a la casa de la zuliana y la consiguió sola, sentada en el patio, esperando; él se le acercó sin decir y ella le volteó la cara al nada más verlo; entonces Raúl le dijo: "Rosa", que quería estar con ella un rato, que era un cliente; !y ella se le paró y se le fue dentro de su habitación, y se le trancó la putica dentro!; él le tocó la puerta, despacio, y nada, y más fuerte, y nada; hasta que llegó la zuliana y le dijo lo que pasaba; ella la llamó, y entró, y estuvieron los dos unos minutos dentro; cuando salió la puta de la ama, que era una gorda bajita y sucia que ni era zuliana, sino colombiana, le dijo que ella tenía que respetar a su gente, que él se podía ir con cualquiera de las muchachas que quisiese ir con él, pero que ella no podía obligarlas a joder con uno, !la bicha!; él le dijo que esas putas y ella iban a perder un cliente; no se le quiso parar delante y darle un coñazo porque es mujer, con todo y tener ese cuerpo de mono grande, es una mujer; y también porque dicen, !es confidente de la

policía!, ¡zapel; mí, que lo van a agarrar y envainar ahora, de viejo, como a un pendejito de dieciocho años; y todo eso por una putica de a veinte bolívares como Rosa que él había cogido hasta cansarse cuando la cosa estaba bastante mejor... ¡no joda!; pero esta Josefina, que es orgullosa como su mamá, que en paz descansa, y con esos ojos que tiene y con esas piernas enteras y esas nalgas fuertes y en su sitio, no la pudo llegar nunca; ni la buscó, es la verdad, porque ésa lo que era antes, hace menos de un año, es una niñita, y no bonita, ni siquiera con un cuerpo de mirar; pero ahora, cuando la había visto hacía unos días, cuando lo de Aquiles, y ahora, hace un rato, ya es otra cosa, casi no la reconoce al pasar, de buena que está ¡carajo!, ¡y la forma en que mira hacia adelante al caminar, y con esos zapatos de tacón que la ponen a moverse como su madre, entera, sin los movimientos de Rosa, pero maciza, firme; y no quiso escuchzrle la voz cuando ella se fue con ese paso prieto y entero que tenía también Carmen cuando iba con el cubo a la pila del depósito de agua; entonces, ¡y él un carajito!, y ahora ve pasar la misma vaina, ¡y él un viejo!; pero le va a llegar un día a la casa, para ver, porque el que no camina, dicen, no llega a ninguna parte...

24

FIDELITY BOND

Josefina hizo lo que le recomendaron, y buscó la agencia, por el letrado que decía la señora Campos; había varios, y ella preguntó, y le dijeron que la agencia era aquella que estaba en el segundo piso; había una escalera oscura y luego una puerta, una sola puerta; estaba cerrada, y dentro no se sentía a nadie, ella puso el oído y nadie; pero era la única puerta, ¿no?; no había otra; y la tocó, suavemente; alguien le dijo que entrara, y Josefina dio vuelta a la manilla y entró.

Era como una sala; a la derecha Josefina vio una mesa pequeña, muy pequeña, llena de papeles, y luego vio que había un pequeño estante, con papeles también... ¡seguro que ésta era la agencia!... y una señora sentada en un sofá grande y viejo, haciendo punto: "yo quería ver a la señora Eugenia"...; "soy yo, ¿qué quiere?"; trabajo, un trabajo de servicio; ¿servicio?... ¿qué sabía hacer